Esta es la historia de Balduino IV de Jerusalén, llamado el Leproso o el Santo (Jerusalén, 1161 - 1185), hijo del rey Amalarico que murió a los treinta y tres años de edad, un adalid de la cristiandad, un joven que luchó contra la adversidad dedicándose en cuerpo y alma a su reino.

A la muerte de su padre, el niño Balduino fue coronado rey, Guillermo de Tiro, tutor del joven monarca, se percató de la grave enfermedad del infante.

Balduino IV rex Ierusalem amaba la justicia y la paz, estuvo a la altura de los grandes profetas de Israel, luchó contra Saladino con honor y valor, fue muy querido por sus súbditos y admirado por sus enemigos. Su estoica y dolorosa vida ha sufrido un injusto olvido.

En este libro se recogen sus hazañas y dificultades del más pequeño y más grande rey de la cristiandad.

Esta es la historia de Balduino IV de Jerusalén, llamado el Leproso o el Santo (Jerusalén, 1161 -1185), hijo del rey Amalarico que murió a los treinta y tres años de edad, un adalid de la cristiandad, un joven que luchó contra la adversidad dedicándose en cuerpo y alma a su reino.

A la muerte de su padre, el niño Balduino fue coronado rey, Guillermo de Tiro, tutor del joven monarca, se percató de la grave enfermedad del infante.

Balduino IV rex Ierusalem amaba la justicia y la paz, estuvo a la altura de los grandes profetas de Israel, luchó contra Saladino con honor y valor, fue muy querido por sus súbditos y admirado por sus enemigos. Su estoica y dolorosa vida ha sufrido un injusto olvido.

En este libro se recogen sus hazañas y dificultades del más pequeño y más grande rey de la cristiandad.

Jesús Alberto Reyes Cornejo

El rey de Jerusalén

Dedicatoria

A todos aquellos que sufren con la enfermedad, a mi madre que está en el cielo.

Agradecimientos

Martín Llade,

Prólogo

Con el buen sabor de boca que me dejó El silencio de los Abades del tinerfeño Jesús Alberto Reyes Cornejo llega ahora a mis manos su segunda novela para la que me ha otorgado también el honor de figurar como prologuista. No deja de sorprenderme tanto el cambio de registro del autor como una constante en su literatura que no puede dejar de ganar mi incondicionalidad hacia él. Es Jesús Alberto un narrador de raza que no teme probar nuevas experiencias, que implican una evolución en su estilo de sorprendente contraste con su refrescante debut. Se ha inclinado en esta ocasión por la novela histórica, género con el que me sucede lo mismo que con las películas de terror: que a pesar de contar con algunos títulos estupendos han sido devaluados por una ingente cantidad de productos innecesarios.

Dentro del océano actual de novelas que pretenden reconstruir otras épocas son muy pocas las que merecen ser leídas hasta la última página y se encuentran a años luz de las piedras angulares del género, tales como Yo, Claudio de Graves o Memorias de Adriano de Yourcenar. El género histórico se vende hoy al peso, mediante volúmenes cercanos al millar de páginas que no pretenden sino volcar en un lenguaje periodístico y casi siempre anacrónico, episodios mucho mejor plasmados en los estudios históricos en las fuentes originales. Jesús Alberto, en cambio, se ha decidido a contarnos la historia de Balduino IV de Jerusalén, prácticamente desconocida hasta la realización del film El reino de los cielos de Ridley Scott (no demasiado fiable desde el punto de vista histórico). Para ello ha optado por un virtuoso sentido de la brevedad que le aproxima a las crónicas de la época, con una sobriedad que puede recordar a la de Miguel Pselo, quien el siglo anterior a este en que vivió el protagonista de la novela, describió con gran pericia y exquisitez las vidas de los emperadores de Bizancio. El hecho de que este estilo parco, donde ni una palabra está de más y no se echa a faltar ninguna, esté articulado en tiempo presente nos da la clave. Más que una novela, parece que nos encontremos presenciando un documental cámara al hombro tomado por un viajero en el tiempo que no se permite juzgar a sus personajes ni las tribulaciones que les llevan a actuar como lo hacen en un contexto tan extremo con esa Jerusalén de las cruzadas.

Sin más, el que el lector tiene en las manos es un material fascinante que devorará como una refinada delicatesen y solo nos hace desear más señales de vida por parte de un escritor que parece dispuesto a dar mucho que

hablar. Sin duda alguna, no puede soslayarse aquí la herencia de un lector de los Episodios Nacionales del también canario Galdós, trasladados al lenguaje del siglo XXI para transportarnos maravillosamente al siglo XII.

Martín Llade

Esta es la historia de Balduino IV, una curiosa historia de un hombre bueno, adalid de la cristiandad que fue preclaro ejemplo para todos los que lo conocieron y para futuras generaciones. El rey Balduino nació en Jerusalén el año del Señor de 1161 y tan solo a los trece años de su nacimiento falleció su padre el rey Amalarico I.

Es de noche en la Ciudad Santa y por el Monte Sión corre un aire frío que anuncia que el rey cristiano ha muerto, el pequeño niño enfermo ya es rey. Ahora está solo, su reino es Jerusalén. Guillermo de Tiro, con su barba desteñida por el paso del tiempo y su aspecto salomónico, entra en su estancia y al ver al infante desvalido de rubios cabellos y pálida tez, se arrodilla ante él a la vez que dice con voz templada:

—¡Majestad! —El niño Balduino hace que duerme, como si no quisiera despertar, pero su corazón está agitado y, de repente, abre sus ojos, de su mejilla cae una lágrima. El viejo caballero vuelve, no sin esfuerzo, a hablar:

—¡Lo siento majestad! —Guillermo, con ternura, parece que quiere abrazar al pequeño infante, pero no lo hace, agacha su cabeza en señal de respeto, mientras, el niño llora. El veterano caballero, con la voz entrecortada, por fin consigue hablar:

—Debemos despedir a vuestro padre, señor.

En el centro de una gran sala está el féretro del rey difunto, detrás de él campea la gran cruz cruzada de Jerusalén. En ese instante, el niño Balduino se arrodilla y se acerca a su padre besando su mano blanca y fría. El joven rey fallecido con apenas 33 años tiene el semblante sereno, mientras que su hijo no encuentra ningún consuelo.

A Guillermo le falta el aire y sus ojos brillantes delatan su dolor; junto al féretro, cuatro caballeros francos con la cruz cruzada en el pecho custodian al infortunado rey difunto, ellos a pesar de estar impasibles no parecen ajenos a tanto dolor y, al fondo, entre la luz tenue de una lámpara se ve la cruz de Jerusalén como testigo y custodio de lo que allí sucede.

Por la mente del cansado y triste Guillermo pasan las imágenes de toda una vida al servicio de su rey, así como la eterna lucha para defender la Ciudad Santa.

Guillermo, como vencido por el dolor, hinca la rodilla en el suelo y rompe el silencio con un quejumbroso balbuceo.

—¡Majestad, no os vayáis! —Guillermo desenfunda su espada con rabia y golpea el suelo violentamente con su afilada punta como intentando traspasar la piedra para, después, apoyar su frente en la empuñadura,

mientras algunas lágrimas brotan de sus ojos para fluir por el frío acero de su espada, reposando luego sobre la austera piedra.

Respira profundamente.

El niño rey se encuentra desvalido junto al féretro, con el semblante de porcelana como una estatua de sal. Por la mente de Guillermo discurre aquella promesa al rey Amalarico I de Jerusalén de cuidar a su hijo en aquel fatídico día que descubrió su enfermedad. El pequeño infante no siente el dolor, y ahora es el rey.

Guillermo no entiende cómo la mala suerte se ha cebado con el pequeño que ahora es su rey, al que los musulmanes llaman el maldecido por su enfermedad maldita, la lepra será su eterna compañera; pero Guillermo lo quiere como a su vida misma, aunque se siente sin fuerzas para vivir sin su amigo el rey difunto.

Este hace un esfuerzo y se levanta, con paso firme se dirige a su amigo y con ternura coge su corona dorada y se acerca al niño; tras unos instantes, la coloca suavemente en su cabeza de rizos de oro y luego se arrodilla junto a él, entonces balbucea:

—¡Majestad! Vuestro reino es Jerusalén, Ascalón, Jaffa, san Juan de Acre —enumera con solemnidad.

El pequeño asiente con su cabeza como intentando entender algo que ha cambiado su vida.

el aliento, y es el primero en hablar.

—Majestad, el hijo querido del rey David, Absalón.

El joven rey sonríe, luego contesta:

—Cuéntame, fiel Guillermo.

—Majestad, no hay nada que no os haya enseñado.

El rey se quita el casco cruzado cogiéndolo entre las manos y haciendo sonar su metal contra las escamas de su malla, luego dirige su mirada a su maestro:

—Cuéntamelo otra vez querido amigo, quiero oírte.

Guillermo baja de su cabalgadura con su gran barba blanca alborotada por la brisa y se acerca a Balduino:

—No hay nada que os pueda este viejo ya enseñar majestad. —El rey vuelve a sonreír.

—¿Cómo se puede querer a un traidor? Vuélvemelo a contar —replica nuevamente.

Guillermo se lo piensa un instante, después toca con su dedo sus labios como intentando encontrar una solución a la pregunta de su discípulo.

—Era Absalón, majestad, el hijo querido del rey David y aunque lo traicionara siempre lo quiso, era de su propia sangre.

Balduino sonríe un instante, y luego pierde el gesto de alegría como si sintiera dolor y no quisiese que se viese reflejado:

—Nunca podré saber qué siente un padre. —Después de decir esto, el rey vuelve a sonreír y mira a su amigo como esperando una respuesta esperanzadora de su maestro.

Guillermo se entristece, se quita el casco y baja la mirada para, un instante después, como iluminado por inspiración divina, levantar su cabeza y recuperar la luz en su mirada antes de hablar:

—¡Majestad, vuestra esposa es Jerusalén!

El rey agarra su espada fuertemente como si quisiera defenderse…

—Es una esposa muy exigente, no sé si podré complacerla amigo mío, ni siquiera sé si podré con esta espada dentro de un tiempo, para intentar arañar un poco más de tiempo para el Jerusalén de los cristianos —le contesta con decisión el niño rey.

—No hay nada, majestad, que con la ayuda de Dios no se pueda, vuestra voluntad es grande, señor. —Guillermo quiere ser rotundo.

El rey se acerca a su amigo y, mientras desdibuja la sonrisa de su rostro, le pregunta:

—¿Cómo crees que podré llevar esta pesada carga?

—Sois un rey cristiano ungido por Dios, si tenéis valor y sabiduría puede que triunféis, si no triunfáis y lucháis con fe la vida eterna os espera, tendréis que aceptar la voluntad de nuestro Señor Jesucristo, pero siempre tenéis que tener presente que no hay nada que más satisfaga a vuestro Dios que la justicia, y solo un camino, majestad, y es Jerusalén. Sin duda, no podréis tener Jerusalén si no es amándola con justicia.

Balduino se rasca la cabeza como preocupado y no tarda en responder:

—Mi padre y tú siempre me habéis hablado de las bondades de la justicia, él siempre quiso que fuera un pequeño salomón, y por eso me buscó un buen maestro, pero yo solo soy un pequeño e infortunado rey —se lamenta el regio infante.

Guillermo esboza una extraña sonrisa a la que no está acostumbrado su rostro.

—No es así, señor, sois un gran rey, y en la enfermedad os habéis hecho fuerte, no conozco a nadie con vuestra fortaleza y eso no os lo he enseñado yo —Guillermo mira a su pupilo fijamente con regocijo.

—Tú también me abandonas, te necesito —le contesta Balduino dándole en un instante la espalda como queriendo ocultar sus ojos tristes.

Guillermo abre sus ojos y ellos se vuelven brillantes, luego baja su mirada

y exclama:

—¡Estoy muy cansado! Ya no ambiciono ni cargos ni reinos, señor, mi sangre es franca como la de vuestra majestad, pero esta es mi tierra y quiero morir en ella, solo necesito un hueco y poco más, señor, mis cansados huesos no resistirán mucho tiempo.

El rey se aleja unos pasos, luego se da la vuelta y lo vuelve a mirar con ojos de niño y en la distancia sonríe pícaramente, con la inocencia de un adolescente.

—Ya sé, fiel amigo, mi novia es Jerusalén y tú no podrás dejarme solo, porque me quieres como un padre a su hijo y porque amas a mi padre que está en el cielo; no podrías vivir lejos de Jerusalén, aunque sé que no soportarás cuando llegue el momento ver cómo mi cuerpo se irá desmembrando, es mi condena ineludible.

Guillermo se acerca y lo mira a los ojos.

—Eso no pasará y no os quedaréis solo, majestad, vuestra hermana estará con vos, este pobre viejo guerrero os esperará en la nueva vida.

El rey se acerca a Guillermo como queriendo abrazarlo pero se refrena como si de repente dejara de verlo y, como si hubiera envejecido veinte años, con una voz profunda se dirige a él:

—Seréis arzobispo de Tiro y mi canciller, no quiero que estéis lejos del reino, ahora ni siquiera podéis morir, el rey os necesita, Jerusalén os necesita, moriremos en la Ciudad Santa, como nuestro Maestro y Señor, como el Señor de todos los reinos.

Guillermo se arrodilla y agacha su cabeza.

—Majestad, Jerusalén está más cerca del cielo, esperaré aquí, junto a vos.

El rey permanece inmóvil con la mirada de niño fija en Guillermo y, luego de una larga pausa, Guillermo puede oír otra vez su voz:

—Me habéis enseñado todos los secretos de la ciencia y la guerra, me habéis enseñado a ser un hombre justo, pero no me habéis enseñado a luchar contra la soledad, la enfermedad y la muerte; pero no os defraudaré, fiel maestro. Ni siquiera puedo tocaros para levantaros.

Y de sus sonrosadas mejillas caen dos lágrimas al suelo, luego parece querer retener de sus ojos una lluvia que sucede a las dos gotas, Guillermo lo mira con ternura.

El rey huye a su caballo y sube ágilmente a su cabalgadura, gira su cabeza y ve a Guillermo que permanece inmóvil con la rodilla en el suelo como estatua de mármol, luego Balduino sale a galope con su caballo; detrás de él, su fiel guardia intenta seguirlo a distancia, pero la cabalgadura del rey es más rápida. La comitiva deja tras de sí una gran estela de polvo dorado que se va desvaneciendo según pasa el tiempo.

En el horizonte de la Ciudad Santa, se pierde el rey y su guardia, Guillermo se incorpora y mira el atardecer en Jerusalén, la ciudad va tomando un tono amarillo cobrizo con la caída del sol y a lo lejos ondea en las murallas una bandera cruzada con la cruz de Jerusalén a la vez que suenan dulcemente las campanas de la Iglesia del Santo Sepulcro; el viejo caballero no puede dejar de mirar al horizonte.

En la penumbra de una capilla está a solas, de rodillas, el rey; la tranquila atmósfera del templo, la media luz, el silencio, eran como un espejo donde el alma posaba blandamente sus ojos; se veía al fondo un cristo crucificado y una vela que acompañaba al sagrario mientras el rey parecía que rezaba. De repente la puerta de la capilla se abre bruscamente entrando un haz luminoso y una joven rubia con un bello traje blanco entra en la capilla descalza; sigilosamente se acerca al monarca, pero el rey no se percata de su presencia pues su cabeza está inclinada.

Sus delicados pies blanquecinos de sonrosados dedos marcan el brillante y blanco mármol, dejando por un instante tras de sí la huella de su pisada que se difumina en un suspiro. La joven doncella de cabellos dorados toca la espalda del monarca y este se sobresalta, al fin se incorpora:

—Sibila no me toquéis, no debéis tocarme, os podría desterrar por eso.

La joven rubicunda mira con una sonrisa al rey, él parece estar enfadado, y exclama con solemnidad:

—¡No os permitiré que no me obedezcáis! —hace esfuerzos para parecer enfadado.

La joven doncella se pone triste, el rey exclama:

—¡Hermana mía, si os contagiarais, jamás me lo perdonaría! Mi enfermedad va a más, por esa razón debéis manteneros distante de mí si queréis seguir siendo mi hermana.

La joven, con un gesto pícaro y burlón, le guiña un ojo y sonríe, al tiempo que sus ojos azules parecen un infinito universo de paz, luego le saca la lengua. El rey y hermano, desposeído de toda autoridad se rasca la cabeza, desordenando aún más su pelo rubio alborotado como pensando una solución. La joven princesa se arrodilla y el rey, mediante un gesto, le ordena que se levante. Ahora sorprendentemente con lágrimas en los ojos, la joven le susurra:

—Haré lo que mi rey me ordene, pero daría con gusto mi vida por mi rey y hermano, no habrá jamás nada que nos separe aunque me mandéis matar por no obedeceros, no olvidéis que a pesar de todo sois mi hermanito pequeño y eso nunca cambiará, y será así hasta la eternidad.

No tarda mucho en volver una amplia sonrisa a su bello y sereno rostro, dejando ver sus blancos dientes que con hileras perfectas enseñan una encía sonrosada, todo ello aderezado con un guiño de uno de sus ojos tan grandes como la luna de Parasceve y tan azules como el mar de Galilea; después con una risa pícara grita como si hubiera una muchedumbre oyéndola encantando a su hermano, que impávido la ve y la escucha con sorpresa y regocijo.

—¡No olvidéis que sois el rey más joven de la cristiandad y yo soy vuestra hermana mayor!

El rey sonríe con cara divertida y alarga su brazo como queriendo tocarla.

—Sibila, hermana mía, no podéis estar siempre pendiente de mí, ¡no os necesito!

Sibila se levanta con cara enfadada y, sabiendo que su hermano la necesita, deja oír su aterciopelada voz con ternura.

—Balduino, hermano mío, ni siquiera vuestra corona os podrá valer para libraros de mí.

El rey deja de sonreír y grita:

—¡Guardia! —Y de forma inmediata aparecen dos caballeros armados

con lanza en la capilla, la joven parece sobresaltada. En ese momento, el rey sonríe de forma traviesa, para luego hablar:

—Que preparen las cabalgaduras de la princesa Ascalón y la mía.

La luz incide sobre los cabellos de ambos y los delata como hermanos, en la fría habitación ellos brillan como dos estrellas doradas con luz propia de juventud, y parece que la luz suave que entra por la ventana les promete un maravilloso futuro; en aquel momento solo existe felicidad entre ambos.

Balduino cabalga solo al galope por fuera de las murallas de Jerusalén, la princesa Sibila ve cómo se aleja y se acerca a una yegua blanca inquieta a la que un soldado le sujeta las riendas, mientras otro le ayuda a subir su pie descalzo a la silla de montar. Sibila recoge su largo traje blanco de seda, sube con la agilidad de un jinete sarraceno y fustiga a la yegua para intentar seguir la estela de su hermano al galope, y en un promontorio Balduino la espera.

Cuando ella llega, el rey sobre su cota de malla se coloca el casco de acero con la corona, un casco para ceremonias especiales que ha cogido para sorprender a su hermana y brilla como un diamante al sol de Jerusalén. Sibila llega con su yegua agotada y se pone junto a la cabalgadura del rey Balduino.

—¡Mirad hermana mía qué bella es Jerusalén! Nada tan bello como la Ciudad Santa, es el legado de nuestro padre para la cristiandad, en ella desean habitar cristianos, musulmanes y judíos, un Dios único, un solo Dios para todos, cada uno lo honra a su forma, pero sin entendernos.

Balduino, tras una pausa, le dice:

—¡Sibila, hermana mía! Algún día perderemos Jerusalén pero ese día prefiero no vivir, mi vida será corta, esta es nuestra tierra, tú y yo hemos nacido en la ciudad que está más cerca de Dios. ¡Somos unos privilegiados!

Sibila mira con ternura a su hermano, coge de las riendas a su caballo, da una vuelta en redondo a la cabalgadura del rey, se planta enfrente de él con su yegua y quita con decisión sus rizados cabellos rubios de delante de sus azulados ojos. Luego la princesa dice dulcemente:

—Ese día aún no ha llegado, ¿por qué mi rey se preocupa?, solo Dios sabe lo que pasará y solo Dios proveerá, pero mientras tanto el Reino de Jerusalén es cristiano y tiene un joven y apuesto rey.

Sibila con decisión sale al galope y apenas después de recorrer veinte metros, tira de las riendas de su yegua y esta clava sus patas en la arena frenando su carrera. La joven princesa intenta no caer de la cabalgadura y se agarra al morro del animal haciendo un extraño equilibrio con sus pies desnudos sobre el lomo del caballo griego, luego mira hacia atrás con rostro travieso y ve que el rey sigue impasible en el promontorio.

—Hermano mío, algún día ninguno de los dos estará en este mundo, por si no os habéis enterado todos nos tenemos que morir y después de esta vida solo Dios sabrá, pero ese día tiene que esperar porque ahora vuestro reino os necesita.

Sibila parte a galope mientras el joven rey niño sonríe y, como despertando de su letargo, galopa siguiendo la estela de su hermana.

El caballero, sin mediar palabra, sube a su montura y desde el caballo grita a los soldados:

—Llevadlos a Jerusalén. —Y sale al galope en dirección a la ciudad y entra a toda prisa por la Puerta de Damasco en dirección al cardo máximo, intentando esquivar a los comerciantes y animales que halla en su camino. Después de un largo recorrido por las estrechas calles de la ciudad, tirando los enseres de algunos artesanos con su montura, aparece ante él la esbelta Torre de David y junto a ella el palacio del rey; a su llegada el caballo, exhausto, cae al suelo y el caballero queda atrapado por una pierna de su cabalgadura.

Inmediatamente, los soldados de guardia del palacio se acercan a él, quien a su vez se quita el casco y desde el suelo les grita:

—Rápido, ayudadme, llevadme ante el rey.

Los soldados arrojan sus lanzas e intentan liberar al caballero no si dificultad, después de un gran esfuerzo, el caballero se libera del animal desfallecido y sin poder caminar, con paso renqueante, vuelve a gritar:

—¡Llevadme ante el rey!

Dos soldados levantan al caballero del suelo y lo arrastran hasta dentro del palacio. Ya en el interior, Guillermo de Tiro sale a su encuentro alarmado.

—¿Qué sucede? —pregunta airado por aquella precipitada intromisión.

El hombre sujeto por los dos soldados exclama:

—El rey dio órdenes de que cualquier ataque se lo comunicara personalmente —se defiende el recién llegado.

Un joven con cara de niño está junto a Guillermo en la oscuridad del Palacio, el caballero vuelve a gritar:

—¡Tengo órdenes de nuestro rey de comunicar cualquier ataque a los cristianos!

—Guillermo de Tiro sonríe y junto a él, el joven infante alza la voz.

—¡Soy vuestro rey! —Los soldados dejan caer al caballero al frío mármol

del suelo, provocando que el caballero se golpee en la espalda y dolorido exclame:

—¡Ay Dios mío!

Luego se rehace y puede hablar desde el suelo:

—¡Majestad!, los sarracenos han atacado a un grupo de peregrinos.

—Jerusalén no corre peligro, ¡no alarméis a vuestro rey! —manifiesta rotundo y enfadado Guillermo.

El rey mira sorprendido al caballero que se encuentra en el suelo con la mirada fija en la suya:

—¿De qué orden sois? —pregunta el monarca. El caballero como si estuviera viendo la salvación contesta:

—¡Soy caballero hospitalario, señor!

El joven rey alza la voz:

—En ese caso, buscadme cincuenta valientes como vos para luchar con vuestro rey.

El imberbe caballero intenta levantarse del suelo, mientras que los soldados impasibles ven cómo este se incorpora haciendo un esfuerzo que no parece propio de su escasa corpulencia.

—¡Sí majestad!, buscaré los más leales del reino —contesta con apremio y decisión el muchacho.

—Decidle a vuestro rey cómo os llamáis —manifiesta Balduino sonriendo.

—Federico, majestad, nieto de peregrino franco. —El joven caballero se levanta y hace una reverencia, mientras parece que se va a partir su cuerpo, casi en un gesto cómico, luego intenta colocarse su cota de malla correctamente.

—Comandaréis esta expedición junto a vuestro rey, saldremos de Jerusalén al alba, haced lo que os he dicho —sentencia el niño rey con una solemnidad impropia de la situación, mientras los allí presentes quedan

sorprendidos de su rotundidad.

Guillermo que ve con angustia la situación, es tajante:

—Os acompañaré, si los caballeros hospitalarios son tan útiles como este, será un fracaso vuestra misión, tenéis que haceros acompañar por los templarios, majestad, la bondad de los hospitalarios no es propia para luchar contra los infieles sarracenos.

—El canciller obedecerá a su rey y permanecerá en Jerusalén —le contesta con voz grave el niño rey, para luego proseguir—: Jerusalén, si pasara algo al rey, no puede quedar privada de un regente, vuestra obligación es Jerusalén, y la mía salir en defensa del reino.

—Vuestro padre era tan testarudo como lo sois vos, pero tengo que reconocer que siempre supo gobernar, me gustaría acompañaros, ¡por favor majestad!, os lo ruego —manifiesta Guillermo juntando sus manos en señal de súplica.

En un momento dado, Guillermo mira con reproche y ternura a su discípulo.

—Obedeced a vuestro alumno por una vez, amigo, sois como un padre para mí, pero ahora os toca obedecer a vuestro rey, si el Señor todopoderoso entregó las llaves de Jerusalén a un niño, por algo será, tampoco será para vivir para siempre, esta vida es pasajera, y no hay mayor honor para un rey por muy pequeño que sea que dar la vida por su reino. Una muerte temprana me ahorraría mucho sufrimiento y vos lo sabéis. Pero no os preocupéis en exceso, no es mi intención morir en este empeño.

Guillermo baja la cabeza y parece que responde con disgusto:

—Nunca os desobedecería, señor.

Balduino sonríe y se pierde en el dédalo de estancias interiores de palacio. Por su parte, el joven caballero vuelve a montar en su caballo y sale a toda prisa en busca de caballeros leales.

con escudos y ropa de guerra. El rey luce armadura oscura de guerra con cota de malla y casco del que sobresale algún rizo dorado, que contrasta con la palidez de su piel, sube a su cabalgadura con destreza. Alrededor de una cincuentena de caballeros hospitalarios espera la orden del rey junto al abanderado con la cruz de Jerusalén para iniciar la marcha, es muy de mañana pero al frente de la comitiva va el niño rey por las calles de Jerusalén. La gente se agolpa para ver al joven Balduino, algunos exclaman: «¡ungido rey por Dios!», mientras que otros siervos claman por primera vez por el rey: «¡bendito sea nuestro joven rey!, viva el rey cristiano de Jerusalén».

Balduino mira a su alrededor sorprendido al ver a la clamorosa multitud, al tiempo que una lluvia de flores cae sobre su cabalgadura; con una sonrisa tímida sigue al frente para salir con su comitiva por la Puerta de Damasco a la afueras de la muralla, el joven monarca galopa al igual que su pequeño ejército y van perdiéndose en el horizonte bajando desde Jerusalén a Jaffo. Tras un largo camino, en la explanada inmensa la noche cae y el rey acampa junto a su pequeña hueste en la inmensa llanura cerca de la colina de Megido, al amparo de una hoguera que los calienta; sus caballeros se encuentran alrededor del rey Balduino, su pequeña majestad se recuesta sobre la tierra de la llanura con su espada clavada en el suelo arenoso y muy cerca de él, el joven Federico; la noche se cierne rápidamente sobre ellos. Desde el suelo, Balduino observa el cielo estrellado pero Federico interrumpe su tranquilidad:

—Majestad, mañana estaremos cerca de Ascalón, allí es probable que nos encontremos con los sarracenos. —El rey lo interrumpe con seguridad y alzando su brazo derecho, como queriendo tocar las estrellas del firmamento, dice:

—¡Os doy una orden!, ¡matadme si mis fuerzas flaquean! No me es fácil ir a la batalla, y esta es mi primera batalla, si no sirvo para esto no soy digno de la Corona de Jerusalén y mi vida no tendrá sentido, habrá alguien que sí lo sea.

La cara de Federico y los compañeros de batalla que se encuentran en el suelo reposando, cambia de expresión:

—¡Majestad, antes me mataría que levantar un dedo contra vos! —le responde el caballero llevándose la mano al pecho.

En la oscuridad de la noche y con la luz de la hoguera se puede observar cómo el rey se entristece:

—No seréis leal si no obedecéis mis órdenes. Jerusalén necesita un rey digno.

—Sois rey por la voluntad de nuestro Señor, y será nuestro Señor quien decida cuándo tengamos que morir —manifiesta Federico con convicción—. Somos simples caballeros hospitalarios pero seremos fieles a nuestro rey.

En la oscuridad de la noche los ojos de los demás caballeros brillan como centellas con los destellos del fuego que les da calor.

—Espero que no sea mañana pues quiero servir a mi reino, aunque esta maldita enfermedad que tengo me lo quiere negar. —El rey mira su mano manchada de un extraño color, luego prosigue—: Estoy seguro de que hay algo ahí arriba que me ayudará a servir a mi reino. Tenemos que cumplir con nuestro designio, lucharemos por Jerusalén. —El joven Balduino sonríe como sintiéndose seguro, al oír aquello se ve una sonrisa en todos los que allí están, la noche aún es joven y vuelven a descansar, Federico permanece vigilante.

—¡Dormid tranquilo, majestad! Estáis rodeado de caballeros hospitalarios que solo están aquí por vos y para servir a Jerusalén, y dispuestos a vivir o morir por Jerusalén y nuestro Señor Jesucristo.

Ellos no desean ni riquezas ni honores, son caballeros hospitalarios, los que cuando no cogen las armas cuidan a los enfermos y buscan servir en el dolor de la enfermedad, porque vuestro reino es Jerusalén, la tierra de nuestro Señor, y aunque luchamos por vos, en verdad luchamos por nuestro Señor que no es de este mundo.

Balduino oye complacido la bondad del joven caballero hospitalario, luego reposa en un lecho cubriendo su cuerpo con las ásperas telas en la arena, y después, vencido por el cansancio, cierra sus ojos con suavidad.

El día amanece tiñéndolo todo de dorado y nada más llegar las primeras luces del día, el pequeño ejército reanuda su marcha cabalgando por una interminable llanura. El rey mira a su alrededor y dirigiéndose a su oficial, con voz tenue, explica:

—Esta es la llanura de Megido, tierra de sarracenos, donde el rey David derrotó a los filisteos. Este es nuestro campo de batalla y esta es nuestra oportunidad de darles una lección.

Federico mira a su rey mientras cabalga arropándolo.

—Majestad, aquí somos presa fácil, no les será difícil atacarnos le dice con voz angustiada.

El rey mira a su oficial y baja de la montura:

—Aquí me quedo. —Los soldados lo miran incrédulos, algunos repiten al unísono:

—No puede ser, señor.

—Vosotros iréis hacia aquellas montañas —les dice el rey con resolución. Y señala unas montañas que están a dos leguas, detrás de ellas una gran sombra. La luz del día parece que ha convertido en adulto al niño rey.

—Majestad, si hiciéramos eso, seríais un blanco fácil para los sarracenos —manifiesta convencido Federico.

El rey lo mira desde el suelo y se baja el casco de hierro como sintiéndose más protegido, mientras que desde el interior de su armadura se oye una voz metálica:

—No os preocupéis por mí, llevo toda mi vida preparándome para esto, y me siento más muerto que vivo, esperad la llegada de los sarracenos en aquellas montañas, yo os los llevaré y lucharemos juntos, os lo ordeno.

Federico, con un gesto, asiente al igual que los caballeros hospitalarios, quienes salen al galope hacia las montañas y el rey sigue caminando por el desierto bajo un sol de justicia y con la rienda de su caballo en la mano, mientras los cascos del animal levantan con delicadeza la arena de la llanura.

Después de caminar durante más de una hora, se arrodilla, y usando su puñal, corta una planta de áloe, con su sabia se moja los labios resecos y cuarteados, se quita el casco y la extiende sobre su cara. A continuación, le da de beber en la palma de su mano áloe a su yegua, el rey flexiona sus rodillas y apoya su mano izquierda en la arena mientras que con la otra sostiene la rienda, cuando de repente siente que el suelo vibra, de inmediato

se incorpora y otea el horizonte, donde puede ver una nube de tierra, aunque no ve jinetes.

Balduino con tranquilidad contenida monta en su cabalgadura y se dirige hacia la nube de polvo, al paso y cuando se acerca a ella puede ver que se trata de más de una veintena de jinetes armados y con ellos una bandera de la media luna ondeando en una lanza entre sables curvados al viento. El monarca contiene la respiración y cuando apenas está a 300 metros y ya se sienten tan cerca que oye sus gritos, tranquilamente da media vuelta con su cabalgadura y la fustiga al galope en dirección a las montañas, en ese momento el rey siente la muerte a sus espaldas.

Mientras cabalga se va despojando de su armadura, su casco y su cota de malla tirándolos al camino mientras fustiga con el estribo a su yegua, acaricia su cuello y le susurra al oído:

—¡Todavía es pronto para morir!, ¡para cualquiera de los dos! —exclama con una sonrisa, el niño con los cabellos dorados al viento parece que siente el aliento de los sarracenos en su cuello.

El pequeño Balduino cada vez está más cerca de las montañas y su yegua cada vez más sudorosa, parece saber que un traspiés suyo dejaría indefenso a su amo, de modo que la yegua cansada se mantiene fiel a la orden de galope de su señor. Los sarracenos parecen estar cada vez más próximos y que en cualquier instante le darán caza, aunque algunos jinetes árabes —los más pesados— se han quedado rezagados, si bien sus caballos por estirpe parecen más ágiles que el del noble monarca.

En la sombra de la montaña, confundiéndose con el de sierto, están aguardando con Federico a la cabeza los cincuenta caballeros cruzados armados con lanzas y espadas, sus plateadas armaduras brillan al sol, y viendo la llegada al galope del rey, la montura del joven Federico relincha y se mueve tan impaciente como su jinete hasta que este grita:

—¡Por nuestro rey, por la cristiandad!

Con valor y arrojo salen gritando los caballeros cruzados al encuentro de su rey, en tanto que los sarracenos se ven sorprendidos, para algunos es imposible dar media vuelta, el choque en la batalla es inevitable, sin embargo, los árabes rezagados que parecen más fuertes y pesados escapan en retirada.

Se oye un estruendoso ruido metálico y gritos de dolor. El rey está indemne, da media vuelta y desenfunda con agilidad su espada y, con fuerza, propina el primer golpe que decapita a un sarraceno y su cuerpo sin cabeza se tambalea en la montura hasta que cae al suelo como una fuente de sangre. El rey, sin esperar, acierta con un diestro golpe de espada en el pecho de un segundo oponente, que cae a tierra. Ante lo visto y la llegada con furia de los cristianos, invade el desconcierto a los treinta musulmanes que aún quedan en la batalla, quienes van cayendo poco a poco ante la furia de los combatientes cristianos. El joven Federico es herido en el fragor de la batalla en un hombro por un golpe certero de un jinete árabe, que luego es abatido por un monje hospitalario casi gigante, y, poco a poco, la resistencia sarracena se debilita y termina cayendo. Los pocos que aún quedan en el combate miran con pavor a una especie de goliat hospitalario que coge la espada como si fuera una pluma y, con una sola mano, la maneja con destreza.

Y de pronto en la explanada solo se oye el silencio, un silencio desolador roto únicamente por el respirar agobiado de los caballos, el silencio epílogo de la batalla. Balduino agotado se desliza de su montura y cae al suelo, en el suelo se echa mano a la cara e intenta secar el sudor de su frente, su cara sonriente mira hacia el cielo, sus cabellos dorados y su tez pálida parecen amenazados por el recio sol de Tierra Santa; en aquel momento parece que vuelve a brillar al sol de Jerusalén en todo su esplendor. El rey desde el suelo eleva su espada y surgen entre el estupor y el dolor los gritos de júbilo de los caballeros cruzados, mientras el rey sonríe. El joven Federico herido se acerca al rey y tira su espada, que cae al suelo clavándose en la arena, y desde lo alto de su montura se agacha y le tiende su mano ensangrentada.

—¡Permitidme, majestad! —El rey se levanta del suelo, cogiendo la mano del caballero con su mano izquierda sana, el joven guerrero cuando el rey está erguido abraza al monarca y luego dignifica su acción con un gesto de sumisión y se arrodilla ante él.

Su majestad levanta la mirada y ve a su pequeño ejército observante en la paz de la victoria. Después, dice con voz suave propia de su edad pero impropia de un rey:

—No debéis tocarme pues aunque parezca sano, no lo estoy y también debo recordar que el bueno de Saladino dice que soy un maldito por mi enfermedad.

En su cara se dibuja una tímida sonrisa y luego vuelve a hablar con serenidad y dando un pequeño consejo con voz alegre:

—Un caballero cruzado solo debe arrodillarse ante su Dios. No ante un pequeño rey. Saladino hoy estará triste por haber sido derrotado por un pequeño y maldito rey.

El caballero hospitalario, con ironía y vasallaje, le responde:

—No soy un caballero cruzado, ¡solo soy un monje hospitalario, majestad!

Un grito de dolor rompe el momento de alegría, los caballeros hospitalarios se acercan a un barbudo sarraceno con sus espadas en alto que, aún malherido, se encuentra con vida, junto a él un reguero de sangre de otros soldados que han caído en la batalla. Federico se incorpora a toda prisa con su espada en la mano.

Los monjes lo rodean en un círculo perfecto, mientras el guerrero abatido y derrotado se lamenta en un idioma incomprensible para los presentes, todos miran al joven Federico, Balduino a unos metros los observa también. Las espadas brillan al sol, amenazantes como esperando degollar al sarraceno y entre lamentos no se pronuncian los caballeros, sino que todos callan con nerviosismo y piensan quién le dará el golpe certero al infiel.

Del pecho del joven Federico sale una voz grave que resuena en la llanura, como poseído por un gran caballero, nadie ha hablado pero la incertidumbre la rompe el capitán hospitalario:

—Somos caballeros hospitalarios, nuestro voto principal es curar a los enfermos además de la defensa de Jerusalén, este hombre está indefenso y herido.

Tenemos que cumplir con los votos de nuestro Señor.

—Al oír aquello todos los caballeros fijan sus mirada en Balduino como esperando oír la última palabra, el joven Federico mira a su rey como pidiendo clemencia.

El sarraceno calla sin entender las palabras cristianas, y también mira a Balduino, se da cuenta de que su vida se decide en aquel instante, el árabe en su indefensión sueña con la magnanimidad del rey cristiano y mira a este

como entendiendo el idioma de los cruzados.

El niño rey sonríe y luego exclama con ironía, y con la sabiduría de un hombre curtido por la edad.

—¡Maldita sea! Habéis oído a vuestro comandante, ya sé que sois hospitalarios y contra eso yo nada puedo hacer, aunque sea vuestro rey, ya sé que vuestro voto os impide no enterrar a los muertos y no curar a los heridos aunque sean infieles y nos quisieran cortar la cabeza, y tenéis que curar al infiel y dejarlo partir, ya lo sé, pero hacedlo pronto porque vuestro rey se va a tostar en esta olla de desierto —les dice Balduino con ironía.

Federico sonríe al pequeño rey, se acerca mientras los otros caballeros permanecen inmóviles y sorprendidos, él los mira y les grita:

—¡Vamos hermanos! Obedeced a vuestro rey, ¿qué hacéis ahí parados? —Federico agita su espada cortando el viento, como intentando parecer enfadado y haciendo valer su liderazgo.

Luego, inesperadamente, se arrodilla ante Balduino. El rey lo mira sorprendido y, cómo no, exclama una vez más:

—¡Otra vez!

—Majestad, enterraremos a los muertos sin tardanza y llevaremos, si vuestra majestad lo permite, al herido a vuestro reino —dice con la rodilla en tierra.

—No tardéis, mi cabeza está hirviendo, en el fondo mi corazón se complace con vuestros votos hospitalarios, pero si Saladino se entera de que estamos aquí vendrá con su ejército de más de cinco mil hombres y nos sacará la piel a tiras.

Luego, inesperadamente, se quita la camisa y su piel blanquecina casi los deslumbra a todos con el sol. El niño tiene la piel limpia de la enfermedad aunque la mano derecha tiene un extraño color sonrosado con algunas pequeñas llagas. Balduino coge su pesada espada y empieza a hacer un hueco en la tierra mientras los allí presentes se quedan inmóviles.

—Maldita sea, ¿acaso soy el único que va a trabajar? —bromea el rey doblando su espalda en el intento de arañar aquella tierra santa.

—¡No señor! —exclama Federico—, no lo permitiremos.

El guerrero herido ve desde el suelo lo que está sucediendo y, arrastrándose, intenta irse sin que nadie se dé cuenta; uno de los caballeros hospitalarios lo desarma, es el más grande de ellos y casi parece un goliat. Con firmeza, pone en pie al sarraceno que tiene una gran herida en un costado, con sus grandes manos sujeta su maltrecho cuerpo, quedando inmóvil y a expensas del gigantón, luego le quita la camisa de un tirón y la rasga en dos, con la misma hace un gran vendaje y lo coloca, luego pone suavemente en el suelo al sarraceno.

El rey con la espada en la mano, que parece más grande que él, sentencia.

—¡Dejad que se vaya!, lo encontrarán en la frontera sus hermanos, no morirá.

—Así lo haré señor —contesta con alegría y voz grave el gigante hospitalario.

—¿Cómo os llamáis? —pregunta el rey.

—Elías —contesta este.

—Pues me alegro de que seáis uno de los nuestros —le responde Balduino con una sonrisa.

Y el gigante cogiendo fuertemente al sarraceno lo levanta del suelo como a un niño y le da un empujoncito para que empiece a caminar, como si fuese un pequeño canario que tiene que empezar a volar por sí solo. Este casi con miedo empieza a dar pasos hacia su libertad, como incrédulo de lo que está pasando, luego empieza a correr cayéndose varias veces al suelo y volviéndose a levanter para coger carrera e irse tambaleándose.

El rey coge su camisa y mira a Federico, después le grita:

—Comandante, recen tres padrenuestros y veinte Ave Marías, nos vamos y no enterramos a los muertos, esta Semana Santa os tocará penitencia, tenemos el tiempo necesario para salir de aquí, lo que tarde el sarraceno en llegar a la frontera de los reinos, que no será mucho.

Los caballeros hospitalarios sonríen como entendiendo la argucia del rey

y Federico se queda inmóvil por un instante.

El patriarca sonríe y alarga sus manos para coger las banderas mientras exclama ceremoniosamente:

—¡Majestad!, esta tarde tendremos una misa de acción de gracias porque un día más, y gracias a vuestra majestad, Jerusalén sigue siendo cristiano.

Al oír aquello, el joven rey levanta la palma de su mano enfundada en un guante y deja oír su voz.

—No me hubiera sido posible sin la ayuda de los caballeros que me acompañan, y del Señor, es una pequeña batalla la que hemos ganado, preludio posiblemente de una gran batalla que sin la ayuda de nuestro Dios no podremos ganar.

El patriarca le responde con una reverencia, sin mediar ninguna palabra.

Los caballeros orgullosos permanecen junto al rey, que empequeñecido mira a sus fieles hospitalarios, luego da unos pasos y se dirige al Santo Sepulcro; detrás de él sigue su fiel comandante Federico, cuya herida del hombro mancha todavía su ropa de sangre, desde el exterior del sepulcro se puede ver cómo se arrodilla ante la lápida, donde hay una esbelta vela encendida que deja caer suavemente su cera de abeja en el mármol puro. Fuera del reducido habitáculo, lo observan sus caballeros y parte del pueblo fiel.

caminando unos pasos por detrás, el rey apresura el paso lo que hace que a la guardia con sus lanzas le cueste llevar el ritmo, razón por la que en más de una ocasión pierden el paso. De repente, como si saliese de la nada, surge Sibila con un luminoso traje blanco y se une a la comitiva intentando llevar también el paso a trompicones, a la vez que el ruido metálico de las armaduras de la guardia real resuena por los estrechos vericuetos de la fortaleza. Al final del laberinto, Balduino llega a unas enormes puertas custodiadas por dos guardias que al llegar abren a toda prisa, allí se encuentra una gran sala y un sencillo trono de madera de cedro torneada con los símbolos de la pasión tallados como distintivo del rey cristiano y rematado por la siempre omnipresente Cruz de Jerusalén.

El salón del trono de la Torre de David está impregnado por un sutil olor a cedro del Líbano que perfuma el ambiente con delicadeza y solemnidad. Los guardias alrededor del estrado custodian al monarca que se sienta apresuradamente, luego Guillermo intentando colocarse bien sus vestiduras ocupa un espacio a la derecha del rey, y Sibila recobrando la compostura después de la carrera se sitúa a la izquierda de su hermano con elegancia.

Balduino la mira con simpatía y se dirige a ella como esperando forzar a su hermana a una respuesta que le sea graciosa, el rey sabe que está preocupada y eso en el fondo de su corazón le satisface.

—¿Qué haces aquí Sibila? —pregunta el rey a la vez que sonríe como sabiendo ya su respuesta.

Ella con un movimiento de manos que delatan su nerviosismo mira a su hermano, la luz entra por una pequeña ventana e ilumina su rostro. Sibila tartamudea pero eso no hace que pierda su encanto.

—¡Pues, puues nada!, no te puedo dejar solo ya que eres mi hermanito pequeño, aunque, aunqueeee seas rey.

El rey vuelve a sonreír, Guillermo también esboza una sonrisa, el rey mira a Guillermo con un gesto cómplice y le pregunta:

—¿Qué podemos hacer con mi hermanita, que no respeta a su hermano ni obedece a su rey?

Guillermo, con humor de un adolescente, le contesta:

—Habrá que canonizarla señor, ¡mirad como brilla su rostro!

El rey rompe a reír con una tímida carcajada al ver la cara sonrosada de su hermana iluminada por la luz que irrumpe por el ventanal, Guillermo sonríe al unísono, al igual que los caballeros que custodian el trono inmóviles.

Sibila hace un mohín de enojo, pero no se quita de la luz que incide sobre ella, luego se tapa la cara con un manto de lino blanco que va posado sobre sus hombros mientras todos los allí presentes sonríen. Finalmente y sin poder evitarlo, ella también se rinde a una sonrisa, tapando su boca con la mano para ocultar su risa traviesa y en un movimiento de su falda descubre sus pies descalzos.

Entretanto, su hermano hace como que no lo ve tapándose la cara, lo que provoca que ella vuelva a sonreír.

Un caballero hospitalario abre la puerta del salón real, una gran puerta de madera con el león de Judá tallado en el centro de la hoja.

Este hace una genuflexión al rey y luego habla:

—Majestad, un embajador del sultán Saladino os quiere ver, Karakush solicita audiencia a su majestad.

Guillermo comenta en voz baja, como queriendo inútilmente que solo lo oiga el rey:

—¡Es el eunuco lugarteniente de Saladino! —Y viendo a Balduino sorprendido, como queriéndolo advertir, con preocupación le vuelve a decir —: Es muy importante, no entiendo cómo Saladino lo ha enviado como mensajero.

El rey, con tranquilidad, apoya su codo en el brazo del trono y luego apoya su barbilla en la palma de su mano con gesto aburrido.

Sibila se acerca a su hermano temerosa de lo que va a pasar.

Balduino sereno y con la mirada perdida lo espera.

Karakush irrumpe en la sala con ropas brillantes, unas galas que deslumbran al mismo rey, custodiado por dos sarracenos desarmados y junto a ellos un grupo de caballeros templarios con lanzas, que los rodean. La

barba recia y azabache le da a Karakush un aspecto ciertamente temible. Con solemnidad entra en la sala del trono y junto a él, los que lo acompañan y custodian.

El rey mira entretenido el techo del salón real, Karakush tiene fija su mirada en el niño que ve en el trono. El infante parece que evita mirarlo y sigue distraído sin concederle importancia, mientras que Karakush con un caminar muy orgulloso se dirige hacia el trono.

Guillermo parece enfadado observando al emisario de Saladino y agarra fuertemente con su mano la empuñadura de su espada. Tras unos instantes, Karakush se detiene muy cerca del trono, luego permanece impasible y orgulloso junto al rey sin bajar su mirada.

El silencio reina en el salón, Balduino ahora observa al forastero y junta sus dos manos a la altura de su boca como si estuviera rezando; Sibila permanece asustada junto a su hermano, como buscando protección; Guillermo mira con odio al musulmán esperando un gesto de respeto con impaciencia ante el niño rey.

El sarraceno de repente habla con voz indecente, dándose aires de solemnidad y autoridad, desplegando un gran pergamino manuscrito en árabe y pronunciando ceremoniosamente sus escasas palabras:

—Al Reino de Jerusalén, mensaje del Gran Emir Saladino. Por incumplimiento del tratado firmado con el anterior regente del reino Raimundo III y haber atacado a un destacamento de soldados sarracenos en la llanura de Ascalón, condena el sultán Saladino a los cristianos al pago de un diezmo de todas las riquezas de este reino.

Nada más terminar, Guillermo grita agarrando con fuerza la empuñadura de su espada.

—¡Insolente, estáis ante un rey!, estáis ofendiendo al reino cristiano de Jerusalén.

Al oír esto, Balduino levanta su mano en señal de tranquilidad y Guillermo se calla y permanece junto al rey.

El rey sonríe y se quita las manos de la cara, incluso parece que observa a Karakush con simpatía. Este sonríe y prosigue, moviendo sus manos con la

suavidad de una joven cortesana.

—Ya veo que sois sensato, señor, el ejército del Gran Sultán Saladino es inmenso y podría arrasar en un día Jerusalén y todo el reino cristiano.

Luego Karakush vuelve a sonreír y le sostiene la mirada al niño rey, que, pensativo, sujeta su barbilla con su mano derecha. Entonces Balduino lo sigue observando detenidamente y vuelve a esbozar una sonrisa. El sarraceno sigue sonriendo indecentemente al igual que los dos musulmanes que lo acompañan.

Sibila y Guillermo parecen desconcertados, al igual que la guardia cristiana y de repente se puede oír suavemente la voz de niño del rey.

—¿Sois el eunuco consejero de Saladino? —le pregunta el rey como no dándole importancia a lo que está pasando para luego volverle a preguntar —. ¿Y no os aprecia vuestro Sultán y señor?

El emisario con un gracioso movimiento de manos contesta a Balduino como si estuviera hablando con un niño ignorando su condición de rey.

—En los asuntos importantes el Gran Sultán siempre cuenta con mi opinión.

De repente Balduino deja de sonreír mientras todos los allí presentes lo miran con tristeza. Luego de un instante de silencio, del pequeño cuerpo del monarca sale un grito de adulto:

—¡Caballeros hospitalarios! —Un grito ensordecedor y grave que rompe el silencio con dureza. Y en un instante el capitán hospitalario Federico llega apresurado con su espada junto al rey y se pone de rodillas ante este.

—¡Señor! —le susurra, mientras el eunuco consejero de Saladino lo observa espantado.

Balduino alarga su mano y con su dedo señala a Karakush y luego con una sonrisa y mucha tranquilidad dice:

—¡Cortadle la cabeza! —exclama ante un murmullo de sorpresa en la sala, Karakush entra en pánico y empieza a vociferar como una gallina en un gallinero.

—Señor, no podéis hacer eso, las tropas de Saladino lo arrasarán todo si me matáis, no podéis hacer eso señor, es una locura.

El capitán hospitalario se levanta con la mirada fija en el sarraceno y desenfunda la espada, mientras en su mano parece que tiembla el metal plateado de la hoja dando destellos de muerte; el sarraceno entra en pánico y se arrodilla mientras Federico se acerca cada vez más a él. Mientras el sarraceno está de rodillas y llorando con su cabeza en el suelo, suplica:

—¡No podéis hacer eso, señor, no podéis hacer eso, señor!, no lo podéis hacer.

—Mientras sus lágrimas caen al suelo como un reguero de agua de otoño, su boca balbucea unas palabras en árabe indescifrables para los presentes.

Al llegar a su altura, Federico coge firmemente la espada y la levanta a poca altura del cuello del sarraceno, mientras, los otros dos sarracenos miran aterrorizados lo que sucede y los caballeros templarios permanecen atentos, desenfundado sus espadas también. Durante unos instantes, el metal brilla en la sala y parece que la muerte ronda el lugar.

De repente, un reguero amarillo sale de la túnica del sarraceno y se esparce rápidamente sobre el blanco mármol del suelo. Luego Federico con la mirada fija en el rey respira profundamente ante lo que siente que va a hacer.

El rey lo mira fijamente, todos miran al sarraceno, la tenue luz del salón real parece que se centra solo en ellos, Sibila se tapa los ojos con las manos, los dos sarracenos que custodian al eunuco se arrodillan como esperando clemencia y atemorizados. Guillermo se mantiene como una figura de bronce sin pestañear superado por la situación inesperada, la muerte se hace presente en la sala.

Los caballeros templarios se mantienen firmes con sus armas deseando ver la sangre del sarraceno. El instante de la mirada de Federico al rey esperando clemencia se hace eterno, hasta que el caballero le dice con voz lacónica:

—¡Majestad, soy de la orden hospitalaria! —El rey lo sigue mirando fijamente con tranquilidad.

A continuación, le sonríe y contesta:

—Ya lo sé fiel Federico, por eso os he encargado esta empresa. —Y luego sigue sonriendo, ante el asombro de todos los que allí están congregados.

Federico sigue blandiendo la espada en la mano mientras el sarraceno continúa balbuceando frases incompresibles. Luego, el rey levanta su mano con la cara iluminada y deja oír su voz de adolescente suavemente:

—Dejad vuestra espada, caballero cruzado y ayudad a levantar al noble portavoz del gran Saladino.

En un instante, el capitán de los templarios se acerca a toda prisa con su espada en la mano y se arrodilla ante el rey, sus alborotados cabellos pelirrojos salen a través de su casco otorgándole un aspecto infernal. Su perilla roja le da un aspecto cabruno. Después, una voz grave sale de sus labios prosiguiendo con la cabeza baja en señal de respeto y sin mirar al rey.

—Majestad, si queréis ajusticiar a este hereje, solo tenéis que decirlo, los templarios estamos para cumplir la voluntad de nuestro rey.

Balduino reposa en su trono, luego se toca la barbilla mirando con admiración al templario y le contesta:

—Os lo agradezco Samuel, admiro vuestra lealtad y decisión, sé que la Orden del Temple es fiel a los intereses del reino, pero si hubiera querido ajusticiar a este intruso os lo habría dicho a vos —declara mientras el sarraceno sigue balbuceando desde el suelo, en ese momento uno de los escoltas del sarraceno le da una pequeña patada para que deje de gimotear.

El rey vuelve a mirar al eunuco sarraceno postrado en el suelo y deja oír su voz con clemencia.

—Ayudad a levantar a Karakush —ordena en tono imperioso.

Samuel y Federico, uno a la derecha y el otro a la izquierda, intentan levantar al orondo sarraceno, que se levanta del suelo no sin esfuerzo. Mientras lo van levantando como si fuera un árbol caído, su prominente barriga va alejándose del mármol y cuando lo tienen erguido, sus piernas parecen no poder sostener tan voluminoso vientre y tienen que mantenerse sujetándolo los dos caballeros.

De repente, tanto el rey como Sibila y Guillermo que están enfrente del emisario del sultán pueden ver que en sus pantalones sarracenos hay una enorme mancha oscura a la altura de los genitales, a consecuencia de haber liberado sus esfínteres, lo que hace que Sibila se lleve la mano a los ojos para luego ir abriendo otra vez sus dedos poco a poco como si fueran rejas de una cárcel y, así, contemplar al sarraceno con curiosidad.

Luego, sin poderlo evitar, empieza a reírse estruendosamente intentando tapar su boca sin éxito, ante la sorpresa de los que allí están; su hermano la mira como si hubiera enloquecido y, seguidamente, él también esboza una leve sonrisa al ver cómo Sibila le señala con su dedo y el brazo extendido el pantalón de Karakush sin poder dejar de reír. Guillermo empieza a hacer un extraño sonido gutural que al final desemboca en una carcajada incontenible. Ante los aspavientos de Sibila, los caballeros que sostienen a Karakush ven cómo este pone sus manos en los genitales para que no se vea su enorme mancha; de este modo, tanto Federico como Samuel, que sostienen al alto dignatario del reino sarraceno, no pueden contener un sonrisa tímida, al tiempo que el sarraceno intenta tapar sus geniales como si estuviera desnudo, poniéndose rojo. Justo entonces, el rey se queda serio, luego ordena:

—Dejad en libertad a este hombre y su escolta. —Luego se levanta del trono y bajando dos escalones se acerca a Karakush, mientras todos los presentes quedan en silencio—. Decidle a vuestro señor, Saladino, que no aceptamos ninguna condición por la paz y que el nuevo rey de Jerusalén rechaza la paz firmada por el regente Raimundo III, por los ataques al reino cristiano.

Y, dándose la vuelta, el rey sale del salón del trono quitándose lánguidamente su pequeña corona metálica; y abriéndole las puertas la guardia hospitalaria real antes de llegar a la esculpida madera, cabizbajo vuelve el pequeño monarca a sus aposentos y se va perdiendo su figura por un estrecho pasillo, fundiéndose su figura con la oscuridad del final del día.

Guillermo se le acerca con sigilo, la mente del rey parece que vuela muy lejos de Jerusalén. Guillermo se coloca delante del trono y agacha su cabeza, luego, el rey regresa de lejanos mundos y deja oír su voz, con una leve sonrisa de adolescente:

—Cuéntame, amigo, te esperaba desde el amanecer —dice y se levanta del trono para sentarse abatido en uno de los escalones que lo elevan. Guillermo saca de su cinto la espada y la deja caer al suelo haciendo un estruendo, entonces un guardia abre la puerta del salón alertado por el ruido y ve cómo Guillermo se sienta junto al rey, por lo que vuelve a cerrar la gran puerta suavemente.

Guillermo está junto al niño Balduino casi chocándose el uno con el otro, hombro con hombro, y Guillermo encorva su espalda para estar a la altura del Monarca. Luego permanecen así sin hablar.

Después de un largo rato de silencio Balduino interviene al fin:

—¡Cuéntame! Lo he hecho muy mal con el embajador de Saladino.

Guillermo mira con ternura al rey, que tiene la mirada perdida en el infinito, Guillermo intenta hablarle con la suavidad de un maestro a su pupilo.

—¡No, señor! El ataque al Reino de Jerusalén ya lo tenía previsto Saladino, Karakush solo ha venido a tantear a mi rey y las debilidades del reino.

Balduino se quita su débil corona y como un niño travieso la tira al suelo, esta rueda haciendo un leve tintineo, y llega rodando y choca contra la puerta con suavidad para permanecer de canto.

Balduino después mira a los ojos de Guillermo.

—¿Se puede hacer algo que no sea luchar? —infiere el monarca apesadumbrado.

Guillermo es rápido en su respuesta.

—Señor, debéis fortificar mejor las murallas de Jerusalén, construir nuevas almenas de defensa e impedir el paso intramuros a los forasteros, así como dar por perdido el resto del reino —declara Guillermo con vehemencia agitando los brazos en su explicación—. El ataque es inminente señor, hay

que traer todos los recursos del reino a la ciudad de David.

La voz del rey suena como un susurro que no quiere contrariar a su amigo:

—¡No puedo hacer eso!, no puedo prohibir a los judíos y musulmanes que entren en Jerusalén, somos hijos de un solo Dios, y sería como impedirles que rezaran a mi Señor. —Luego Balduino vuelve a mirar a Guillermo y sonríe como queriendo contradecirlo con cariño—. Si fortificamos Jerusalén, Saladino sabrá que estamos al tanto de sus planes y solo será cuestión de tiempo que la Ciudad Santa, sitiada, caiga, no renunciaré al reino sin luchar aunque para ello tengamos que perder Jersusalén. ¡Que lo es todo! No podré nunca huir de la herencia de mi padre, he nacido solo para esto.

El Arzobispo de Tiro le vuelve a hablar en tono de súplica:

—Pero al menos, señor; a los nómadas beduinos hay que prohibirles la entrada, con ellos pueden infiltrarse tropas de Saladino.

El rey se rasca la cabeza, luego responde:

—Ni siquiera a los beduinos, querido amigo, ellos viven del comercio y el ganado, si hacemos eso morirán de hambre ellos y sus familias, no es mi intención. Confiaremos en los guardianes de las murallas y en la voluntad del Señor, Jerusalén es una Ciudad Santa y tiene que estar abierta a todos. No nos queda otra —concluye.

El joven Balduino mira con una gran sonrisa a su amigo, luego se levanta y le extiende su mano sana para que lo ayude a levantarse. El viejo Guillermo, aún fuerte y corpulento, intenta coger su pequeña mano blanca, pero Balduino le retira la mano y se levanta ágilmente del suelo; el niño haciendo una travesura sonríe:

—¿Amas a tu rey, Guillermo, a pesar de su pequeñez y su inmadurez? —le dice ya erguido el rey.

Guillermo lo mira con alegría y le contesta con sosiego:

—Con toda mi alma y vida, señor, vos sois el hijo que nunca he tenido —confiesa.

Balduino le da la espalda cuando se siente los ojos borrosos y hace un gran esfuerzo para contener en sus párpados las lágrimas.

—¡Dios te lo recompensará! —manifiesta el rey con ojos de cristal, para luego proseguir mirándolo y abriendo sus manos—. El legado de mi padre es Jerusalén e intentaré mantenerlo cristiano, para eso necesitaré el sacrificio de muchos hombres y mujeres, incluido el tuyo; lo que me quede de vida, lo consagraré a servir al reino, mi pequeño reino que tanto amo y que lo es todo para mí.

Después de esto, el rey grita:

—¡Guardia! —Y en un segundo, como si estuviera escuchando detrás de la puerta, un soldado cristiano abre las hojas de la puerta del salón del trono y con una reverencia saluda al rey.

—Mi armadura —vuelve a gritar el rey para después suavemente matizar —. ¡Por favor!

Al instante entra Elías, el gigante de la orden hospitalaria, para traerle la armadura. El rey lo para con un gesto y le señala el suelo.

Elías intenta hacer caso omiso de la orden del niño rey para darle la armadura en mano. Pero este retrocede de espaldas, mientras el gigante caballero se le acerca como un elefante a un ratón. Balduino muy suavemente lo reprime, levantando su dedo pulgar al tiempo que dice:

—Obedeced a vuestro rey y dejad la armadura en el suelo.

Guillermo observa la extraña escena sin decir nada, con el ceño fruncido, el rey se agacha y de rodillas se va colocando la armadura empezando por las protecciones en la tibia. El frío metal se va uniendo a su pequeño cuerpo, con la sencillez y destreza del que lo ha hecho miles de veces, así, el monarca va recomponiendo la armadura que le han dejado desvencijada en el suelo mientras Elías, el gigante monje hospitalario, observa impasible y triste a su rey de rodillas. Este, en un acto de respeto a su señor, también se arrodilla y lo mira con mirada protectora. Balduino termina y se incorpora, luego dirige una mirada a Guillermo con una sonrisa, y sale corriendo del salón. El gigantón intenta correr tras de él torpemente, Guillermo queda paralizado y se acerca a una de las ventanas de la Torre de David, desde allí a través de una pequeña rendija puede observar cómo el rey se convierte en un gran

caballero. En efecto, el monarca sube trepando no sin dificultad a su cabalgadura saliendo a toda prisa al galope, mientras chirrían los metales de su ligera armadura con los pequeños brincos de su ágil yegua blanca, contra la silla de montar. Al salir de la fortaleza, algunos musulmanes miran espantados al jinete de yegua blanca, como si fuera el profeta a punto de ascender al cielo, mientras se va alejando lo señalan con el dedo.

Balduino continúa a todo galope y detrás de él cabalga Elías intentando no quedarse muy rezagado del rey, con un caballo tordo va dando cabezadas junto a otro jinete hospitalario de la guardia del reino.

Guillermo ve cómo sus siluetas se van alejando en el horizonte al sol de Jerusalén.

altar se consumen con nerviosismo del aire que circula en el interior de la fortaleza del rey David.

—Nos ha llegado un mensajero y nos avisa de la llegada de vuestro primo Felipe de Flandes embarcado en la cruzada por Dios, desembarcará en agosto por Jaffa, las tropas de su ejército han salido ya de Chipre.

A Balduino se le ilumina la cara y da un pequeño salto nervioso de alegría como intentando ser más alto y llegar a la altura de su amigo, y con voz tierna le contesta:

—¡Buen maestro! —Y le da un pequeño golpe en el hombro con su mano enferma a Guillermo, Guillermo sonríe de oreja a oreja, para luego el rey perder la alegría y mirarse la mano con la que tocara a Guillermo y decir—: ¡Ohhh!, lo siento, Guillermo, no quería tocarte.

A Guillermo se le intuye una amplia sonrisa detrás de su gran barba de la que sale una gran carcajada para luego dejar oír su voz:

—Señor, no importa, estamos en el mismo barco. Pasará lo que quiera el Señor.

Sin mediar palabra, Balduino extrae un pequeño puñal de su cinto y con la agilidad de un carnicero le corta certeramente la manga del traje a Guillermo que queda perplejo, sin tocarle la piel, luego tira por ella desgajándola del traje y cuando la saca la tira al suelo.

—¡Ohhh señor, me habéis destrozado mi mejor traje! Nada menos que mi traje veneciano —le recrimina Guillermo mirando la manga de sus vestiduras en el suelo con cara enojada.

Luego el arzobispo de Tiro vuelve a sonreír:

—Señor, si no fuerais rey os daría unos azotes.

Balduino con cara de niño pícaro le contesta:

—Ahora, te toca obedecer a tu alumno. —Y levantando su blanco dedo le vuelve a decir—. Ni se te ocurra. —Luego, él también sonríe cómplice de la broma de su amigo—. Te traeré un traje de Damasco que te lo compense, el reino te lo pagará y aunque es un reino pobre, un traje para el arzobispo de Tiro sí lo podrá costear —le dice muy seriamente.

Luego Guillermo le responde con ironía:

—¡Señor! ¿Y qué dirán los tesoreros del reino que son los monjes hospitalarios nombrados por vuestra majestad? Preferirán hacerme ellos mismos un traje de saco antes que gastar dinero en algo que no sea curar enfermos.

Guillermo con una carcajada pasa su brazo desnudo por encima del hombro de Balduino, mientras este ajeno a lo que está pasando le contesta a su amigo con los ojos rayados de alegría.

—Tenéis razón, como siempre, no había pensado en eso, los hospitalarios viven con una austeridad espartana y controlan las cuentas del reino con ojo de halcón. —Luego al rey se le ilumina la cara como si hubiera tenido alguna idea y dice—: pero ya buscaré la forma, te lo aseguro buen Guillermo. Ahora, amigo, que no nos vean con este jolgorio, sobre todo porque mi hermana mayor, Sibila, podría enfadarse por vernos reír en lugar sagrado —le dice Balduino.

—Vuestro Señor y Dios estoy convencido de que reiría con vos, pero vuestra hermana tiene el carácter del León de Judá, si os viera riendo en la capilla de la Torre, estoy seguro de que os cortarían la cabeza y, por supuesto, a mí también —replica Guillermo en tono alegre.

Balduino vuelve a sonreír.

—Tendremos que buscar un caballero que la aguante y no nos mangonee, señor —le aconseja Guillermo.

Balduino se rasca la nariz, con gesto nervioso.

—Será el que elija ella, es el juicio de mi hermana lo que contará para su felicidad —le contesta el rey borrando la sonrisa de su rostro.

Balduino mira a Guillermo como el que observa a un gigante, el viejo Guillermo lo mira con ojos de agrado y le dice:

—¡Majestad! Sea vuestra voluntad.

—No, será la de ella y tú bien sabes, Guillermo, que mi hermana Sibila me puede —le contesta el rey moviendo las manos.

El monarca sonríe con Guillermo, luego el caballero se separa de él, le hace una reverencia y lo mira, el rey se toca el traje por los hombros como queriendo colocárselo bien.

—Tengo que seguir dando gracias a Dios, esta es una muy buena noticia que no esperaba, dentro de poco tendré el apoyo de mi primo Felipe de Flandes, jamás Saladino se atreverá a atacar el reino con los tropas de mi primo en Jerusalén.

Guillermo le contesta con solemnidad:

—¡Señor! —Luego se da media vuelta y se dirige hacia la puerta de la capilla cerrándola al salir, delicadamente.

En la paz y oscuridad del lugar sagrado se queda solo el pequeño rey, que se arrodilla a orar.

como intentando aliviar la presión de su coraza contra su pecho. El gran príncipe Felipe mantiene la compostura a duras penas mientras que el sudor que se desliza por su frente delata su cansancio. Las tropas de a pie parecen agotadas y llevan un caminar cansino, aunque por orden de sus oficiales intentan llevar el paso de la forma más ordenada posible.

A la llegada a la ciudad, el príncipe, sin pestañear y con la cabeza erguida, va al frente de la formación mientras van cayendo sobre él pétalos que van cubriendo su gran manto rojo bordado con finos hilos dorados y paños de gran labor. La brillantez del traje parece que quiere ocultar la belleza de los pétalos de rosa que tapan el brillo de su armadura al recio sol de Jerusalén.

El sudor de Felipe resbala ágilmente por su frente, es agosto en la Ciudad Santa, en su pecho un gran león sobre fondo marrón lleva como bandera, con dos caballeros que la portan, uno a cada lado los estandartes del noble. El joven lampiño va serio y muestra su tez blanca orgulloso, golpeada suavemente por los pétalos que le lanzan las doncellas y niños. Solemnemente, la tropa entra en rigurosa formación de a tres intramuros por las calles de Jerusalén, mientras en lo alto de las murallas siguen resonando las trompetas de los guardianes de la ciudad de David.

Tras el triunfal recorrido por las calles de Jerusalén, el reguero de hojas de romero en el suelo los conduce a la casa del rey, a la Torre de David. La fortaleza se encuentra con las puertas abiertas y lanceros con trajes de gala hacen pasillo de honor a las tropas de Flandes, hasta llegar al interior de la misma en cuyo enorme patio se encuentra una gran escalera y en el centro de la misma, bellamente adornada con sus mejores galas, Sibila, princesa de Ascalón. Su soberbio traje color marfil ocupa, como si fuera las plumas de un gran pavo real, la parte central de la escalera y ella, con la mirada fija en la llegada del gran ejército e inmóvil como una estatua blanquecina de sal, coqueta se pone de medio lado ante la llegada de su primo, mostrando su mejor perfil. Su piel blanquecina se confunde con el frío mármol de las escaleras y, en pocos minutos, el sol de Jerusalén colorea su tez blanca sonrosando partes de su rosto y su nariz respingona; sus blancas mejillas cogen color de inmediato, eso hace que los caballeros que entran al patio de la fortaleza queden absortos por la belleza de Sibila, que parece un ser etéreo que deslumbra con los rayos del sol que inciden en su traje blanco para luego ser reflejados y cegar a los soldados.

En un lado de la escalera y eclipsado por la princesa, Guillermo de Tiro en calidad de consejero del reino permanece pensativo atusándose

nerviosamente la barba. Al pararse en el patio, el príncipe cruzado fija desde su montura la mirada en su prima, Sibila le sonríe de forma coqueta, mientras los caballeros desmotan de su cabalgadura alrededor de Felipe de Flandes dos lacayos colocan sus manos en forma de escalera para que el noble baje de su cabalgadura. Este, sin mirar a los que están colocando sus manos, pisa sobre su piel hasta que es puesto por sus sirvientes de a pie sin pestañear en el suelo, en ese instante todos los sirvientes desaparecen ocultándose entre la multitud del ejército. Felipe se coloca bien su manto sacudiéndose los pétalos de rosa que le dan un aspecto afeminado y se dirige con paso firme a la escalera donde aguarda su prima Sibila, custodiado detrás por dos caballeros que siguen sus pasos.

Sibila permanece sin pestañear con una sonrisa luminosa en la escalera, Felipe toma su mano blanquecina y doblando su rodilla levemente la besa dejando la mano de Sibila impregnada por su sudor.

—¡Qué hermosa estás prima Sibila! —le dice el príncipe cruzado soltando suavemente su mano, al tiempo que la joven le responde con una gran sonrisa sonrosada.

—Gracias primo, no sabes cuánto me alegro de vuestra llegada y de que hayáis tomado los votos cruzados —y, dicho esto, le hace una graciosa reverencia con una mueca de joven traviesa.

Guillermo permanece a un lado de la princesa de Ascalón, como una estatua que pasa desapercibida para todos los que allí están.

Sibila discreta y suavemente limpia su mano en su falda del sudor de Felipe, mientras sostiene la sonrisa.

—Mi hermano os espera, señor —declara y, con un grácil movimiento de brazo, le indica la entrada a la Torre de David.

Felipe coge la mano de su prima en alto como si fuera a bailar con ella e inicia el camino al palacio real a paso de marcha triunfal y, detrás de él, los caballeros de Flandes, con brillantes armaduras que lo custodian; Guillermo los sigue en último lugar por un largo pasillo y a cada lado una fila de caballeros hospitalarios y cruzados. Al fondo, en la penumbra, se divisa la gran puerta del salón del trono, cerrada en ese instante y con dos lanceros que la protegen. A la llegada de Sibila y el príncipe Felipe, los lanceros abren la puerta y se apartan para que pueda pasar la comitiva.

En la difusa luz del salón se puede ver solo a Balduino sentado en el trono con un sencillo manto de lino blanco, en cuyo centro aparece bordada la cruz roja de Jerusalén. Su figura está flanqueada por dos grandes velas, una a su derecha y otra a la izquierda, que alumbran lo justo para que no esté en la oscuridad y sobre su cabeza la enlatonada corona del reino. El rey tiene su mano derecha marcada por la enfermedad, por eso la tapa celosamente, mientras que la izquierda la utiliza para apoyar su cabeza y ver cómo la comitiva encabezada por su primo y su hermana se acerca a él.

Felipe entra ceremoniosamente, guiando a Sibila a la que lleva cogida de la mano; al llegar a pocos metros de él se detiene y toda la comitiva permanece expectante y con los ojos fijos en Balduino.

Guillermo de repente sale de la comitiva adelantándose y llegando a la altura del rey, le dispensa una reverencia para luego ponerse a su derecha, de cara a los invitados.

En ese momento, Balduino esboza una tímida sonrisa y da la sensación de que en ese momento pierde la condición de rey y adquiere la de niño; bajando de su trono con agilidad se acerca al príncipe Felipe, en tanto que sus ojos azules brillan como dos luceros. Felipe de Flandes es más alto y lo mira con sorpresa, luego se quita el casco para dárselo en mano a un caballero que lo acompaña.

Felipe suelta suavemente la mano de Sibila. Balduino sigue con los ojos brillantes puestos en su primo, luego, en un descuido saca la mano enferma de su manto, haciendo un gesto de manos abiertas en señal de bienvenida pero el color negruzco de su mano llama la atención de Felipe de Flandes, ya que contrasta con las telas blancas de sus vestiduras. Felipe durante un brevísimo instante fija su mirada en la mano enferma, por lo que Balduino dándose cuenta intenta llamar la atención de él de otra forma:

—¡Felipe, primo mío!, es un honor para este reino y para mí que esté con nosotros el príncipe de Flandes, para defender los santos lugares y el Reino de Jerusalén. ¡Juntos, Saladino no será una amenaza! Podremos atacar el bastión de Saladino en Egipto que amenaza a Jerusalén.

El rey con emoción junta sus manos y se acerca más al príncipe Felipe, quien retrocede un paso, eso hace que Balduino quede pensativo. El príncipe Felipe levanta su mano derecha en señal de tranquilidad y luego exclama:

—¡Sentaos, señor!

Balduino, como si fuera un niño obediente, se da la vuelta y vuelve rápidamente al trono, a continuación se sienta. Guillermo se acerca al trono como intentando estar más cerca del rey saliendo de la penumbra, y procurando no rozar la madera de la silla real.

—¡Querido primo! Resulta evidente que vuestra enfermedad os hace imposible que sigáis al frente del Reino de Jerusalén, la debilidad la trasmitiréis a vuestro reino, Jerusalén y los estados cruzados necesitan un rey fuerte. Por esta razón, estoy dispuesto a llevar la corona del reino y fortalecer los estados cristianos de Oriente —declara y, luego de una reverencia, vuelve a dirigirle la palabra a Balduino mientras este permanece serio en su trono—. Debéis abdicar, señor, con la menor demora posible para fortalecer el reino.

Y después de oir eso, Guillermo grita:

—¡Queréis sin duda usurpar el trono al legitimo rey de Jerusalén!

—Y, diciendo esto, echa mano a la empuñadura de su espada, mientras los caballeros que están junto al príncipe hacen lo mismo; los lanceros del reino de inmediato se acercan al trono, mientras Sibila exclama echándose las manos a la cara a punto de llorar:

—¡Dios mío! —Justo entonces, saca un pequeño pañuelo de su falda e intenta enjugarse un par de lágrimas que han brotado en un instante de sus mejillas.

El rey desde la silla levanta una de sus manos en señal de tranquilidad, luego se pone en pie.

—Serás el regente del reino, tendrás plenos poderes mientras respetes las leyes del reino y lo serás por el tiempo que estimes necesario —Balduino termina su frase con una sonrisa.

—¡No, no señor, no acepto la regencia!, debéis abdicar —vuelve a insistir Felipe de Flandes con rotundidad y orgullo para luego proseguir hablando—. No podéis seguir con esta farsa, estáis enfermo de muerte, no podéis seguir rigiendo el Reino de Jerusalén, debéis hacerlo por el reino —manifiesta el príncipe con la convicción de un padre a un hijo.

El silencio se hace en la sala y Balduino, ya sin fuerzas, se desploma en la

silla triste y pensativo; bajo las suaves telas de su trono parece que su cuerpo se estremece. Luego, murmura en voz baja mientras permanece con la mirada perdida.

—¡Debo renunciar por el bien de mi reino!, ¡debo renunciar por el bien de mi reino! —y, diciendo esto, el rey adolescente saca su mano enferma del manto y la mira sin pudor.

Al ver lo sucedido, Guillermo de repente se arrodilla ante el rey y le dice:

—¡Debéis escucharme, majestad! —le suplica.

En ese instante, Balduino parece que es recobrado de la prisión de sus pensamientos y observa a su amigo de rodillas, el pequeño rey permanece sentado y encorvado en su trono como si tuviera un dolor que no pudiera soportar.

Balduino deja oír su voz tenue y suavemente dice:

—Guillermo de Tiro, sois el senescal del reino, tenéis derecho a opinar sobre los asuntos del reino y vuestro rey el deber de escucharos, aunque creo que me amáis demasiado y no podréis aconsejarme lo mejor para mi esposa que es Jerusalén. Piensa que ahora, por encima de mí o de ti, Guillermo, lo importante es que siga siendo cristiana, ni noso tros ni nuestro pequeño ejército está en condiciones de luchar contra Saladino.

Guillermo, de rodillas, toca el manto por la parte de los pies mientras su cabeza está muy cerca del suelo para exclamarle:

—¡Escuchadme! ¡Escuchadme, señor! Debéis consultar con el Alto Consejo de Jerusalén, el órgano de hombres sabios que os dio la corona, cuando por vuestra enfermedad queríais renunciar; debéis respetar las leyes del reino, no podréis renunciar así y entregar vuestra corona a un extranjero.

En ese instante, el príncipe Felipe resopla y se quita acalorado la esplendorosa armadura que cubre parte de su pecho, dándosela también al caballero que lo acompaña y que lleva el casco en la mano.

—Tomaros dos días para resolver este asunto —manifiesta con acritud el Príncipe, mientras Sibila que está a su lado se aleja de él.

Justo entonces, Balduino se levanta de su trono y mira a su primo que en

ese momento se da la vuelta y sale de la estancia contrariado con su guardia.

—Estoy a favor de abdicar en vos, pero decidirá el Alto Consejo de Jerusalén.

¡No os vayáis enojado!

El Príncipe Felipe sigue a paso rápido y al oír a Balduino, se para y se gira para ver el rostro de su primo.

—Acamparé con mi ejército a las afueras de Jerusalén, en dos días volveré para ser coronado. Debéis ser consciente de lo que es mejor para vuestro reino. —Y dicho esto, continúa a paso marcial su salida por el pasillo interminable.

Desde la almena, el rey le grita a la guardia:

—¡Abrid las puertas al pueblo de Jerusalén!

Al abrir las hojas, entra una multitud enfervorizada, los soldados se tienen que apartar de la gente para no ser arrollados, algunos cayéndose al suelo ocupan parte de el patio. Balduino coge una antorcha de la almena y baja corriendo descalzo por una escalera circular de piedra que conduce al patio, por el camino se encuentra con dos sirvientes y el rey frena su carrera para decirles con voz nerviosa, pero alegre:

—¡Rápido! La corona. —Los sirvientes lo miran de arriba abajo y lo ven descalzo y con camisón.

Balduino los entiende sin que estos le digan nada:

—No importa, saldré así; rápido, rápido. —De los dos sirvientes el más joven sale corriendo rápidamente hacia un gran mueble y con llave accede a las joyas de la corona, compuestas por un florero de plata y algún que otro jarrón, y de allí saca la humilde corona enlatonada de Balduino.

Inmediatamente el sirviente se acerca a él y le hace una reverencia para luego colocarle la corona suavemente en la cabeza.

Balduino después con sus pequeñas manos se la coloca bien, la mano enferma ha perdido movilidad y algunos dedos parecen rígidos; seguidamente, se coloca bien su blanco camisón e intenta ocultar su mano derecha entre las telas blancas. Luego sonríe a la guardia y a los sirvientes:

—¡Abrid la puerta! —dice el rey descalzo con solemnidad y simpatía.

Los sirvientes con temor abren la puerta, mientras que los gritos cada vez son más fuertes. Al franquear la puerta que da al patio, encuentra a su capitán hospitalario, Federico, y al pelirrojo templario, Samuel, detrás de él, despertando de un agitado sueño y limpiándose las legañas de sus ojos.

También está Elías, el gigantón soldado hospitalario, con el hábito de la orden a medio colocar pero intentando salir del mundo de Morfeo a la mayor prontitud para proteger al rey, tras el que permanece sin que se dé cuenta como si fuera la sombra de un gran árbol.

—¡Señor, la multitud os clama! —le dice el caballero hospitalario

haciendo una reverencia cortés y acercándose al rey.

—¡Puede ser peligroso entrar en contacto con la muchedumbre! —le dice el comandante pelirrojo de la Orden del Temple abriendo sus brazos para luego dejarlos caer.

El niño Balduino como si no los oyera les da la orden:

—¡Abrid las puertas! —El caballero hospitalario se acerca a la guardia real y repite las palabras del rey:

—¿No habéis oído?, ¡abrid la puertas!

Samuel, el pelirrojo templario, resopla impotente ante la orden del rey, y pone los brazos en su cintura en forma de jarra.

—¡Rodead al rey, protegedlo! —exclama mientras se pone los guanteletes de malla de metal.

Al abrir las puertas, el rey sale al patio de la fortaleza donde la multitud lo espera agitada:

—¡Nuestro rey es Balduino! ¡Viva nuestro rey! —comienza a gritar uno y se va contagiando a todos hasta que se hace unánime el grito entre los que allí están, mientras la guardia hace un círculo junto al rey que sonríe de oreja a oreja.

—¡Balduino es nuestro rey! ¡Viva nuestro rey! —siguen gritando.

Con un solo gesto, Balduino obliga a la guardia a retirarse situándose detrás de él, la gente se acerca al niño rey y lo mira. Los ojos azules brillantes del rey otean todo lo que su vista alcanza y los mira con regocijo, mientras la muchedumbre sigue gritando una y otra vez la misma proclama:

—¡Balduino es nuestro rey! ¡Viva nuestro rey!

El rey los sigue mirando con cariño y parece paralizado por la emoción. Observando las caras recias y duras de gente humilde, que están junto a él, Balduino está lleno de gozo, se siente acompañado y querido, el pueblo está con él y entre ellos, cristianos y musulmanes con antorchas en sus manos y palos, gritan su nombre y cada vez se le acercan más hasta quedarse algunos a solo dos palmos del mismo rey; su joven y pequeña majestad levanta

delicadamente su mano enferma.

Al instante el silencio se hace. Todos observan al rey Balduino, este los observa con sus grandes ojos azules, luego en el silencio solo se oye los gallos de Jerusalén que anuncian la llegada del día. Y de repente surge la tan esperada y aterciopelada voz de niño adolescente.

—¡Querido pueblo! Nuestro Señor dijo que el que quiera ser el primero sea el servidor de todos, y yo lo intento, pero la verdad es que no puedo más, mirad mi mano. —En ese momento el rey levanta su mano enferma y se hace un silencio inmediato para luego surgir un murmullo, el rey prosigue hablando—. Es lepra, a veces no puedo sostener ni la espada, en verdad no debería acercarme a nadie, podría contagiar esta maldita enfermedad.

Algunos retroceden al ver su mano ennegrecida y con una gran protuberancia, pero el joven Balduino con voz potente prosigue:

—Escuchadme, si abdico será por el bien del reino, no nos es posible defendernos de las tropas de Saladino, somos un reino pequeño y yo, vuestro rey hasta hoy, un rey pequeño y enfermo, si no es con la ayuda de los cruzados de Flandes capitaneados por el príncipe Felipe nos será imposible mantener Jerusalén y caerá el reino Cristiano de Oriente. Precisamente, esto es lo que no debo permitir.

El pequeño rey hace una pausa, mientras todas las miradas están clavadas en él. Sus ojos se vuelven aún más vidriosos e intenta no pestañear haciendo un esfuerzo para que no brote ninguna lágrima de ellos, a la vez que respira profundamente para no ser traicionado por sus emociones.

Luego extiende sus brazos mostrando la palma de sus manos.

—¡Lo siento! —dice el rey, para luego darse media vuelta y salir a toda prisa para la puerta de la Torre de David; mientras camina apresuradamente un grito rompe el silencio. Balduino detiene su marcha y mira hacia atrás con curiosidad.

—¡No renunciéis majestad! —La muchedumbre se vuelve a soliviantar con grandes gritos, la guardia cierra filas para que el rey pueda retirarse a sus aposentos mientras algunos fornidos esbirros agarrando sus lanzas muestran semblantes de tristeza. Un corpulento pastor intenta romper el cerco de la guardia a la fuerza y mirando al rey mientras un soldado lo sujeta

fuertemente, le grita:

—Vuestro pueblo os ama, señor.

Los gritos se hacen ensordecedores y se convierten en lamentos.

En el patio de la fortaleza del rey David la tristeza lo invade todo y algunos lloran desconsoladamente, tanto mujeres como aguerridos hombres.

El rey llega a sus aposentos y se tumba en la cama, Elías, el soldado hospitalario que no es tan ligero, llega después; al ver al rey en su aposento cierra suavemente la puerta y se queda junto a la pared apoyándose en ella con la mirada perdida y la respiración agitada.

Elías llega a un lado del rey cuando este ya se ha sentado y Guillermo se sitúa enfrente de su majestad, y le hace una reverencia; por su parte, la guardia se coloca ceremoniosamente a ambos lados del trono.

Guillermo mira al rey y con una media sonrisa carraspea para luego decir:

—Vuestros pies, señor, están desnudos —Balduino mira con sorpresa sus blancos pies, mientras sentado en el trono solo su dedo gordo llega a tocar el frío mármol.

Elías doblando su espalda se acerca al oído del rey y le comenta:

—Es lo que quería decirle señor.

Balduino también carraspea como si no hubiese oído nada, luego suavemente se dirige a Guillermo:

—Prosiga, senescal del reino.

Guillermo vuelve a hacer una reverencia:

—¡Perdón, señor! —se excusa y, luego de hacer una pausa, prosigue—: El jefe de los beduinos, Saleh, solicita audiencia con vuestra majestad. ¡Señor, hay cientos de beduinos nómadas acampados fuera de las murallas de Jerusalén!

Balduino asiente con la cabeza, y Guillermo vuelve a hacer una reverencia al rey y se dirige a la guardia.

—Dejad pasar por orden del rey a Saleh, el beduino.

Al abrirse la puerta, Balduino fija su mirada en Saleh, un hombre joven de complexión fuerte y mediana estatura, cuya túnica y turbante azul contrastan vivamente con su piel oscura y pelo negro ensortijado, Saleh va descalzo.

Al llegar cerca del trono, pone su mano en el pecho y hace una reverencia con su cabeza, el rey le corresponde inclinando levemente su sien, luego deja oír su voz grave con un extraño acento de hombre del desierto:

—Señor, mi pueblo que vive en el desierto os desea larga vida y os pide fervientemente que no dejéis el reino. —Mientras Saleh hace una pausa quita la mano de su pecho y se mesa cuatro pelos escasos que tiene en la

barbilla para luego continuar—. Os agradecemos que no hayáis cerrado las fronteras de vuestro reino y queremos estar con el rey Balduino, contra sus enemigos, aunque nuestra casa sea el desierto y nuestro dios sea otro.

Balduino al oírlo, de forma inmediata se levanta y pone sus blancos pies en el lustroso mármol. Saleh se fija en ello y todos los que están en la sala también.

—Os agradezco vuestra lealtad, Saleh, sé que vuestro pueblo es un pueblo de paz, y es de justicia que este reino tenga abiertas sus puertas al pueblo beduino, siento que mis fuerzas y mi enfermedad me hagan desfallecer.

Saleh vuelve a hacer otra reverencia al rey y permanece encorvado mientras se dirige al monarca:

—Mi pueblo es libre y vaga por el desierto, pero el rey descalzo es nuestro rey, mi pueblo siempre va descalzo, estaremos siempre a vuestro lado, señor —arguye el beduino.

En ese momento, Balduino se sienta en el trono como un niño travieso sin que le lleguen los pies al suelo y luego exclama con sorpresa:

—¡Ahhh!

Saleh con una reverencia se da media vuelta y sale a toda prisa del salón real, la guardia de palacio le abre la puerta antes de que este llegue a la misma.

El rey Balduino se queda sentado pensativo mientras Guillermo mira al suelo y acaricia su barba blanca.

El arzobispo de Tiro se vuelve acercar al rey y le hace otra reverencia, Balduino tiene la mirada perdida y está pensativo:

—¡Majestad! —exclama Guillermo—, vuestro tío el conde de Edesa pide vuestra audiencia.

Guillermo se aparta y se pone al lado del rey, entonces este levanta su mirada:

—Abrid las puertas al conde Jocelino III de Edesa —grita Guillermo a la

guardia, y esta abre muy lentamente la puerta.

Un caballero fornido de marcadas arrugas y ojos claros irrumpe en la sala, el parecido con Balduino es evidente, el joven rey sonríe y se levanta de su trono. El conde de Edesa pone su rodilla en el suelo, donde su escudo y espada al tocar el mármol hacen un estruendo metálico.

—¡Levantaos!, tío Jocelino, no quiero veros de rodillas —dice Balduino con las palmas de sus manos hacia arriba.

—¡No podré levantarme, señor, si vuestra majestad no se sienta! —le dice el veterano caballero a Balduino agachando la cabeza y recogiendo su capa roja sobre su espalda.

—¡Cómo deseéis conde de Edesa! —dice sentándose rápidamente Balduino y observando a su tío con curiosidad.

El Conde a pesar de sus años se levanta con facilidad, y cuando está incorporado mira a su sobrino.

—Señor, mis caballeros y yo os pedimos que no abdiquéis, lucharemos por el reino juntos, y será la voluntad de Dios.

—Esta tarde entregaré la corona al Alto Consejo de Jerusalén, del cual recibí la nobleza de este maravilloso reino. El consejo de hombres sabios nombrará sucesor.

Luego Balduino toca su frente con la mano enferma en señal de preocupación.

—No sería justo tener que sacrificar la vida de tantos leales caballeros por una causa imposible.

Jocelino se acerca a su sobrino y con complicidad le contesta:

—Señor, la vida es una causa imposible, si no lo sabéis… yo os lo diré, antes o temprano todos nos iremos de este mundo, si es más temprano que sea por una buena causa, ¡igual vale la pena!

Balduino guarda silencio y permanece pensativo, como si su mente estuviera muy lejos de allí.

En ese momento, se acercan al rey, Federico, el capitán hospitalario y Samuel, su homónimo templario, que se arrodillan a los pies del trono.

—¡Señor no renunciéis!, no entreguéis la corona —dice con ansiedad Federico que agacha la cabeza, al terminar de hablar.

A la izquierda de rodillas, Samuel, el pelirrojo permanece inmóvil.

—¡Que sea la voluntad de vuestra majestad!, pero que sepáis que nada mejor que morir por un Dios y por un rey justo y vos los sois, señor. —Después de decir eso, el caballero inclina su cabeza y su cabello de fuego sale a través de su casco.

Balduino en ese momento se levanta del trono y, con los ojos brillantes, le alza la voz:

—¡No habéis entendido nada!, no estoy aquí para que deis la vida por mí, solo estoy aquí para servir al reino de la mejor forma.

Y diciendo esto, el rey se va a toda prisa y se quita la corona llevándola en su mano. Acto seguido, sale por el pasillo que conduce a sus aposentos apresurando su marcha para que nadie vea sus ojos vidriosos.

El gigante Elías sale tras del rey y cuando este entra en su cuarto, el fiel guardia permanece custodiando su puerta que se queda cerrada.

llegar a la puerta como avisando a los guardias de que abran la misma. La puerta es abierta rápidamente al grito de «abrid al rey» por los soldados que, en ese momento, están de guardia en la fortaleza.

El rey se dirige apresurado por las calles vacías de Jerusalén en dirección al Monte Sión, los cascos de los tres caballos al galope hacen un ruido estremecedor. En un momento determinado, la yegua del rey hace un amago de resbalar, pero sigue adelante a toda prisa, al tiempo que los cascos retumban en la ciudad, cuyos habitantes se encuentran refugiándose del calor en sus viviendas. Tan solo furtivos gatos se ven por las esquinas y miran con sorpresa la apresurada comitiva.

Al llegar el rey a la Casa Cenáculo en el Monte Sión, tira de las riendas de su yegua, esta para bruscamente su galope; Balduino se agarra con prontitud al morro del animal para no ser descabalgado y, después, con el mismo impulso, baja de su montura con gran destreza y de un salto se planta en el suelo, cayendo como un equilibrista.

En la sombra de la calle al lado de la Casa Cenáculo, una mujer joven con una niña cogida de la mano observa el salto de Balduino.

La niña maravillada, con los ojos como platos exclama:

—¡Ohhh, mamá! ¿Viste qué gran salto?

Balduino al oír a la niña la mira, la madre con sorpresa lo mira a él y, finalmente, le hace una graciosa reverencia flexionando su rodilla. La pequeña al ver la curiosa escena le pregunta a su madre:

—¿Quién es mamá? —La niña mira a su madre y el rey las mira a las dos.

—¡Es nuestro rey! —le contesta rápidamente la joven madre Balduino sonríe y le hace una reverencia en la distancia.

La niña extiende su brazo y con su pequeño dedo lo señala:

—¿Tú eres quien me salvará del dragón? —La madre le baja el brazo a su hija y le dice al oído agachándose a la altura de ella.

—¡Cállate, Sara!

El rey permanece inmóvil, mientras los grandes ojos negros de la niña se

clavan en su mirada. Los otros dos jinetes que acompañan a Balduino llegan al Palacio del Cenáculo, en tanto que Balduino vuelve a la realidad y se dirige a la puerta del palacio.

El rey golpea fuertemente la aldaba, con la imagen de un león, contra la madera de la puerta.

—¿Quién vive? —preguntan desde el interior del palacio.

Federico y Samuel, que ya custodian al rey, contestan los dos al unísono:

—El rey. —Y los tres se miran ante la puerta, luego la puerta se abre.

Un hombre mayor con la cara llena de arrugas y pequeños ojos grises, blanquecino de piel y sin pelo les recibe, al ver a Balduino le hace una reverencia y con su mano lo invita a pasar. El Consejo de barones estaba compuesto por Bohemundo de Antioquía, Raimundo de Trípoli, el señor de Cesárea, los dos de Ibelin y el señor de Transjordania.

Después de pasar y acostumbrarse la vista a la oscuridad, pueden ver al fondo una gran mesa de madera y en torno a ella los ancianos, algunos de ellos luciendo grandes barbas blancas, otros casi sin pelo.

En la pared del fondo dos grandes hachones iluminan la estancia, en la mesa hay dos velas, una a cada extremo.

Balduino se acerca a la mesa con los dos caballeros custodiándolo.

A llegar al centro de la misma, se detiene ante el anciano que la preside. El anciano lo mira seriamente, luego deja oír su cansada voz:

—¡Os esperábamos rey Balduino!

Balduino se despoja de la corona y la pone sobre la mesa.

—No puedo con este peso —manifiesta el rey.

—Sois el rey y este, el consejo de hombres sabios, quizá más viejos que sabios, y nuestra común voluntad es que lo sigáis siendo.

—No me vais a escuchar —replica Balduino, extendiendo sus brazos y dejando ver sus manos—. ¿Pero, cómo haré para defender Jerusalén, sin la

ayuda del ejército de Flandes?

El viejo que preside sonríe, los otros miran a Balduino con ternura, mientras permanecen en silencio.

—¡No os preocupéis, rey Balduino!, el pueblo está con vos, nada es eterno y este reino pasará algún día y nosotros también, señor, solo pedimos que la corona sea llevada con honor y humildad, por eso solo vos podéis llevarla —esgrime el venerable anciano.

Balduino al oír eso, pone los brazos en jarra:

—¿Y ahora qué hago? —pregunta el rey, mirando a todos los que allí están.

El viejo sabio que preside el consejo le contesta con firmeza:

—Pues coged vuestra corona e iros que tenemos otras cosas que tratar —rezonga.

El murmullo de los viejos sabios hablando entre sí se instaura en la sala, algunos sonríen mientras Federico y Samuel, sus dos caballeros, observan la escena con alegría contenida. Balduino los mira con cara de circunstancias, coge la corona de la mesa y se la coloca torcida. Samuel, al verlo, se la ciñe correctamente mientras el rey sigue caminando con la mirada perdida y cara de contrariado.

El monarca se marcha tan rápidamente como llegó y al salir al exterior, ve a la niña junto a su madre todavía en la puerta; Federico le pregunta al rey:

—¿A dónde vamos, señor?

El rey lo mira pero no le contesta, y sube de un salto a su yegua mientras la niña lo sigue mirando, Balduino con su montura se acerca a la niña y la madre.

—¡Sara, yo seré tu caballero!, te salvaré del Dragón, reza mucho por mí.

La niña, con una gran sonrisa, le contesta: «Sí, lo haré», mientras su madre los ve regocijada y, sujetándola posa la mano con cariño en el hombro de la niña, que se coloca detrás de su madre como avergonzada.

El rey parte al galope y sus dos comandantes a toda prisa intentan alcanzarlo, al llegar a la Puerta Jaffa de la muralla de Jerusalén, los guardias de la misma se apartan. El rey ya está extramuros y se acerca al campamento de Felipe de Flandes. Una vez en el mismo, los soldados dan la alerta de que llega el rey; Balduino prosigue al galope y se acerca a la tienda del príncipe de Flandes.

Felipe lo espera alertado por sus guardias, rodeado por los cuatro comandantes de su ejército, ataviados con armadura de guerra y casco de metal debajo de su brazo.

Balduino detiene su yegua delante de los caballeros, luego se coloca bien la corona sobre su pelo rubio alborotado, intentando que encaje mejor en su cabeza, para después agarrar el cuello de su montura y asomarse sobre la tez de su yegua blanca. Entretanto, sus dos comandantes del Reino de Jerusalén llegan al galope y vuelven a custodiar al rey.

La yegua de Balduino permanece inquieta y es observada por los caballeros y el príncipe de Flandes.

—La corona de Jerusalén no me pertenece, no te la puedo entregar, pero este reino cristiano necesita la ayuda de sus hermanos de Flandes.

El príncipe Felipe niega con la cabeza, con rostro enfadado, para después decir:

—¡Maldito niño leproso, llevarás a Jerusalén a la destrucción! —Balduino lo mira por última vez sin decir nada, coge las riendas de su yegua y sale al galope; Federico lo sigue fustigando su montura a toda prisa pero el pelirrojo Samuel se queda mirando a Felipe de Flandes y escupe al suelo acercándose a él, clavando los ojos de odio en el noble príncipe, mientras su cara afilada y cabruna le confiere un extraño aspecto con el casco de hierro calado hasta las orejas.

—¡Maldito príncipe de la nada!, jamás sabréis lo que es amar un reino, vuestra ambición os ciega —le grita Samuel con rabia, mientras su caballo inquieto no deja de relinchar, luego el pelirrojo sujeta sus riendas.

El príncipe de Flandes se queda inmóvil, al igual que los caballeros que lo rodean, como si hubiesen visto una visión infernal del inframundo, luego dos de ellos echan mano a su espada desenvainando los metales, que brillan al

sol. Los cabellos rojos de Samuel sobresalen como estigmas de azafrán por debajo del casco templario y, junto con su perilla roja, le dan un extraño aspecto demoníaco y cabruno a la vez que parecen perturbar a los presentes; después de decir esto, sale muy lentamente del círculo que está recorriendo su montura, yéndose al trote de forma desgarbada dejando atrás el campamento con la mirada desafiante del loco que ama a su rey.

Balduino observa al caballero templario que permanece junto a él, y luego mira al embajador que con un gesto nervioso vuelve a hacerle una reverencia con temor, incluso se le cae el pergamino de la misiva al suelo para luego recogerlo nerviosamente del suelo con las manos temblorosas y darse la vuelta para acercarse a las puertas del salón del trono; al llegar a las mismas, el rey hace un gesto mientras los guardias permanecen con la mirada fija en el monarca, el gesto lo entiende la guardia de forma inmediata dejando salir al emisario de Bizancio.

El pequeño monarca permanece sentado y pensativo, a la vez que pone su mano tapándose la boca y sus ojos delatan una gran tristeza.

Samuel permanece a su lado en silencio.

—¡Estamos solos! —exclama Balduino.

—Señor, siempre estamos solos, pero estoy convencido de que esta batalla será la del Reino de Jerusalén y se hablará de ella por los siglos venideros. —Samuel parece que hace un dibujo con su mano derecha, y tiene la mirada perdida, su cara no refleja el optimismo de sus palabras. El rey se quita la corona un momento y luego se rasca la cabeza para, al fin, dejar oír su voz, colocándose la corona como si desde la oscuridad más absoluta un rayo de luz hubiese llegado a su mente. Comenta en voz alta con un aliento de esperanza:

—Podrá ser recordada, Samuel, por nuestra victoria o por la derrota y pérdida del reino. Felipe de Flandes se ha ido al norte con Raimundo de Trípoli, ellos no moverán un dedo por Jerusalén, eso lo sabe Saladino, también, que estoy muy enfermo. Un ejército de veintiséis mil hombres musulmanes contra el de un pequeño reino cristiano de Jerusalén de apenas dos mil hombres, es una batalla muy desigual, y aunque también tenemos algunas fornidas y valientes mujeres que lucharán por Jerusalén, no es bastante mi querido Samuel. Será cuestión de tiempo nuestra caída.

Luego el rey se rasca su nariz como si hubiera tenido una idea genial, para decir:

—Pero si el Señor quisiera que ganáramos esta batalla, sería evidente que él está de nuestra parte. —Los ojos azules del rey se iluminan con un halo de esperanza y miran al pelirrojo, el pelirrojo con cara de preocupado baja su mirada y se esfuerza en sonreír al monarca—. No me encuentro muy bien,

Samuel, necesito descansar, me retiro a mis aposentos —le manifiesta de forma inesperada Balduino.

El rey con la corona en su mano se aleja por el largo pasillo que rodea la torre y entre sus dedos lleva el metal que simboliza su reino, a veces toca con un leve tintineo la pared de piedra mientras su caminar cansino denota que flaquean sus fuerzas.

Elías lo sigue en la distancia, sus grandes manos parece que quieren coger en brazos al pequeño rey, pero no lo hace; el gigante visto de lejos da la sensación de que en cualquier momento se puede quedar atorado en el pequeño pasillo que conduce a los aposentos reales.

El rey, mientras su cuerpo tiembla y su frente suda, mira a los ojos al médico e intenta sonreír con cortesía:

—¡Gracias Ananías! —le contesta el rey.

Ananías, el médico, asiente con la cabeza y cogiendo sus instrumentos con mucho cuidado los lleva a una pequeña ánfora de barro con el ungüento, luego lo coloca todo en un balde de madera procurando que nada de lo que ha estado en contacto con la piel del rey lo pueda tocar. Antes de salir de la habitación, Ananías en la puerta hace una reverencia al soberano mientras Sibila y Guillermo permanecen en la oscuridad de la habitación observando a Balduino en su lecho, luego cierra sus ojos con grades ojeras negras para descansar, su semblante ya no parece de este mundo, está tan blanco como la túnica de lino que cubre su cuerpo.

El 18 de noviembre 1176, Saladino cruzó la frontera y se adentró en el Reino de Jerusalén, procedente de Egipto. Su servicio de espionaje le había informado de que la alianza franco-bizantina había fracasado y que el príncipe de Flandes estaba lejos, en el norte y el rey Balduino se encontraba muy enfermo; Saladino creía que estaba maldito por los pecados de sus padres.

—¡Señor, el ejército de Saladino ha invadido el reino y se encuentra a dieciocho leguas al sur de Jerusalén!

—¡Señor, no podéis levantaros de la cama, estáis muy débil! —exclama Ananías, el médico, que permanece sentado junto al monarca.

El pequeño rey al oírlo parece como si fuera una marioneta de madera que recobra vida por un instante, no sin dificultad consigue incorporarse y se acerca a un gran baúl que está al lado de su lecho.

Sus huesos y sus músculos van recobrando vida.

Allí, desordenadamente, va sacando piezas de su armadura y muy lentamente y solo va vistiéndose de guerra, una gran cruz de Jerusalén en rojo cubre su pecho, Elías permanece inmóvil observándolo sin decir ni hacer nada.

El rey no tarda mucho en vestirse, con la punta de una daga que tiene en el cinto se pincha el dedo índice y la gota de sangre que mana de su dedo la extiende por ambas mejillas para luego coronarse él mismo con su corona de latón, que en la oscuridad de la madrugada parece más sólida y valiosa, resplandeciendo de una forma especial con la escasa luz de la velas.

Luego, intentando ir con paso firme, el rey Balduino sale de su dormitorio y baja por las escaleras que lo conducen al patio de la fortaleza, allí se encuentra con sus soldados que murmuran:

—¡El rey está bien! —algunos gritan.

—¡Dios está con nosotros! —exclaman otros. Tanto la caballería como los hombres de a pie están pertrechándose, el ruido a metal y el relinchar de caballos retumban en el cielo oscuro de Jerusalén que se encuentra atravesado por los cientos de lanzas de los hombres de a pie y algunas mujeres.

Sus dos comandantes se acercan a él, el templario Samuel le hace una reverencia con la cabeza, en tanto que el hospitalario Federico pone su rodilla en el suelo.

El pelirrojo es el primero que se dirige al monarca:

—Debemos hacernos fuertes, en Jerusalén, señor, no tendremos ninguna

posibilidad con el ejército de Saladino, que nos supera en número.

Balduino los observa sin decir nada, el silencio se ha hecho en la Torre de David, solo se oye el relinchar de caballos y los cascos de los animales contra la imperturbable piedra. Federico, sin levantar la cabeza, con voz cálida le manifiesta, intentando traer a su rey del mundo de los pensamientos.

—No tenemos otra salida, Señor.

Balduino sigue observando a los dos sin decir nada, mientras su ejército permanece inmóvil observando al monarca, tanto la caballería como los soldados de a pie, entre ellos se mezclan templarios y soldados hospitalarios, junto con algunos caballeros teutones provistos de grandes lanzas, agolpándose muchos de ellos por fuera de la fortaleza de David que se encuentra con las puertas abiertas.

El rey los mira a todos sin decir nada, luego extiende sus manos y deja ver la palma de las mismas, todos observan las llagas en su piel, su voz serena resuena en la fortaleza como si fuera la única voz humana.

—No es posible defender Jerusalén desde dentro, solo sería cuestión de tiempo el perder la ciudad.

Luego, el monarca levanta su escuálido y blanco dedo índice, mientras entre la tropa se oye: «ohhhhhh» como si fuera un gran lamento. La cara de sus dos comandantes es de tristeza, Federico se incorpora y el rey prosigue:

—Lucharemos en campo abierto y lejos de Jerusalén —dictamina.

El pelirrojo Samuel interrumpe al rey:

—Ellos son veintiséis mil, ¡señor!, y nosotros apenas dos mil —Samuel coloca las palmas de sus manos hacia arriba como intentando pedir clemencia al rey—. ¡Dejaremos Jerusalén desprotegido, señor! —vuelve a suplicar Samuel al rey, mientras Federico que está a su lado parece petrificado.

El rey con sus dos manos intenta colocarse bien la corona y de un ágil y gran salto sube de golpe a su yegua manteniendo Elías las riendas, en lo alto de su cabalgadura el rey grita mirando a su ejército, desenfundando su espada al aire y arrancando con fuerza las riendas de las manos de Elías.

—¡Dios está con nosotros, nuestra es la victoria!

Al oír aquello, la tropa rompe el silencio con gritos de alegría y de euforia:

—¡Nuestra es la victoria!, ¡viva nuestro rey!

Entretanto, el rey como si fuera una aparición celestial da una vuelta en círculo con su yegua blanca; ambos parecen revestidos de un aura angelical.

Sus dos comandantes lo miran estupefactos desde el suelo, para luego reaccionar y subir a sus monturas mientras el rey sigue dando vueltas en círculo entre los fervientes vítores de su tropa. Luego se acerca a Guillermo de Tiro que los observa en una esquina de la fortaleza.

—Tendrías que cuidar de Jerusalén con los viejos, mujeres y niños —le encomienda y luego hace una pausa—. ¡Volveré, Guillermo, fiel maestro!

El viejo caballero asiente con la cabeza, y extiende sus brazos como si quisiera abrazar al rey, con sus ojos brillantes, para luego decir:

—Que el Señor os acompañe, mi rey.

Balduino vuelve a levantar su espada y se dirige a su ejército, que ya está custodiado por sus dos comandantes y el gigantón hospitalario que parece más grande que su montura. Balduino grita como provisto de una fuerza sobrenatural y enfervorece a la multitud.

—¡Nuestra es la victoria! ¡Nuestro Señor está con el ejército de Jerusalén!

Luego, agitando fuertemente la espada con su brazo, vuelve a gritar:

—¡Seguidme!

Y sale a toda prisa con su yegua blanca haciéndose hueco entre los soldados, blandiendo su espada entre la multitud de su ejército en dirección al cardo máximo. La yegua del rey parece desbocada, nadie sabe a dónde va, ya alcanzó la Vía Dolorosa, la velocidad hace que Balduino se agarre fuertemente al cuello de su yegua, la destreza del niño rey es tanta que parece que el animal y él se funden en un solo cuerpo.

Al llegar al pórtico de la iglesia del Santo Sepulcro, el rey tira fuertemente de las riendas de su yegua, esta relincha, y Balduino en un rápido

movimiento salta de la montura al suelo y luego se postra de rodillas ante el austero mármol ya grisáceo por el paso del tiempo de la puerta de la santa iglesia; al verlo un monje abisinio sale del interior y se acerca al rey, que permanece de rodillas, al estar junto al rey este le dice una sola palabra que hace que el monje salga corriendo al interior del templo.

Mientras Balduino permanece inmóvil de rodillas, llegan sus comandantes al galope, y luego van llegando sus caballeros junto a la tropa de a pie; hay ruido pero no hay palabras y, poco a poco, lo rodean.

De la oscuridad del templo, sale acercándose al monarca una figura fantasmagórica que parece que habita en un mundo de penumbras hasta que llega a la luz tenue del amanecer, que lo desnuda de oscuridad. Es el patriarca de Jerusalén que pasa de la oscuridad a la luz en un instante y mira con ternura al rey arrodillado, aquel lleva en sus manos una pequeña cruz de metal y en el centro, un madero que deposita sobre las manos del rey que permanecen extendidas esperando algo, luego le hace una reverencia con la cabeza. Y permanece quieto. El rey parece recobrar vida al llegar la santa madera a sus pequeñas manos, para luego subir a su montura solo con los pies, colocándolos ágilmente en el estribo mientras permanece con el madero salvador cerca de su pecho, luego grita a todos los presentes:

—¡Lignum Crucis! —Para luego iniciar su marcha lentamente con un trozo de la cruz que halló Santa Elena en el monte Calvario. El rey la lleva entre sus pequeños dedos. Los caballeros bajan de sus monturas y se arrodillan, la tropa de a pie también, al paso del rey con la Santa Reliquia.

El rey Balduino y su ejército abandonan poco a poco la Ciudad Santa por la Puerta de San Esteban; a la salida de la ciudad les espera el obispo de Belén que ayuda al rey a portar la santa reliquia de la cruz de Cristo, y van dejando atrás una suave estela de polvo, mientras muchas mujeres, ancianos y niños salen extramuros para ver con tristeza y lágrimas la partida de su ejército. Al verse en la lejanía las guarniciones cristianas, los pocos guardianes de las murallas dan orden de cerrar las puertas.

Tras una jornada de caminar, el ejército de Jerusalén se encuentra agotado, el rey permanece impasible con sus ropas llenas de tierra, sin síntomas de cansancio, con la mirada y el pensamiento perdidos en el horizonte.

De repente, de la gran llanura que atraviesan surge la estela de dos

dromedarios que se le acercan a paso ligero, no tardan mucho en aproximarse; Balduino da orden de parar a sus comandantes, los dos hombres de piel quemada por el sol e incipiente barba ataviados con túnicas azules se acercan lo más rápido que pueden con sus camellos.

Al llegar se dirigen al rey. El de mayor edad, barba blanca y piel negra se dirige al rey.

—Señor, nos envía Saleh, el gran ejército de Saladino está a menos de diez leguas de aquí, es un ejército inmenso, señor, imposible contar sus hombres. ¡Os están esperando, señor! —Luego con su brazo marca el camino por el que han venido.

El más joven de los beduinos, de piel más clara y barba marrón, levanta su mano para proseguir con la palabra.

—¡Señor, somos pocos!, pero tenéis el apoyo de los beduinos en lo que os podamos ayudar a vos y a vuestro reino. —Y después de una pausa exclama—: ¡hoy es un bello día para morir!

El rey asiente con la cabeza y se dirige con su caballo a Samuel que está muy cerca de él.

—¡Comandante, dé la orden de ir en dirección a Ascalón!

—¿En sentido contrario a la batalla, señor? —pregunta enervado Samuel.

—Obedeced mis órdenes —le responde Balduino con semblante serio y voz serena.

Samuel agacha su cabeza dejando ver los rizos rojos de su nuca, saca su espada y señala en sentido contrario y grita a la tropa:

—Nos dirigimos a Ascalón.

Federico se coloca junto al rey sin decir nada al igual que Elías, que sigue a sus espaldas. Mientras, el grueso del ejército, cansado, invierte la marcha y los beduinos desaparecen por donde han venido.

El pelirrojo capitán templario vuelve a acercase al rey.

—Señor, a vuestras órdenes —dice y se queda también muy cerca del

Monarca. Balduino agita sus riendas y mira al comandante templario.

—Comandante, dé órdenes a su ejército de que aligere la marcha, tenemos que llegar antes de caer la noche, estamos cansados, lo sé, en Ascalón pasaremos la noche.

El comandante vuelve a asentir con la cabeza y da la orden.

El rey Balduino marchó a toda prisa a Ascalón llevando entre sus manos la Verdadera Cruz de Cristo y entró en la fortaleza antes de llegar el enemigo. Había convocado a todos los hombres de armas del reino, pero algunos fueron interceptados por Saladino y hechos prisioneros. Quedando con una exigua fuerza para contener a tan gran ejército del sultán en Ascalón, y sabiéndolo, Saladino se confió, porque despreciaba al rey cristiano creyendo que su enfermedad era fruto de los pecados de sus padres y que nada podía hacer.

El sultán de Egipto avanzó hacia Jerusalén con toda la tranquilidad de su gran ejército egipcio, no había quedado enemigo entre él y la capital cristiana; Saladino volvió a confiarse y viendo la guerra ganada, permitió que su tropa se dispersara y se dedicara al pillaje de los campesinos y artesanos del reino cristiano.

El rey Balduino, con el valor de la desesperación y su pequeño ejército, solicitó ayuda a un grupo de templarios de Gaza que se unieron a sus exiguas tropas y cuando se acercaban, salió de Ascalón con su ejército al que se unieron un mayor número de caballeros templarios y cabalgó con todos sus hombres por la costa hasta Ibelin, después dobló tierra adentro buscando la retaguardia del ejército de Egipto.

El 25 de noviembre el ejército egipcio de Saladino cruzaba un barranco cerca del castillo de Montgisard, situado pocas millas al sudeste de Ramleh, cuando de repente las huestes del rey Balduino cayeron sobre ellos según venían del norte. La estrategia del rey Balduino los cogió por sorpresa, algunas tropas de Saladino estaban dedicadas al saqueo y Saladino no pudo reagrupar al resto.

El ejército del rey Balduino agrupado y encabezado por el joven rey que blandía la espada y hacía llamamiento a Cristo y a Santa María, entró en batalla. Del pequeño niño enfermo salió una fuerza sobrenatural que lo hizo luchar con sus caballeros sin descanso; la desesperación y la fe los hicieron

no desfallecer en la lucha contra un ejército inmenso.

Muchos de los soldados egipcios huyeron al primer golpe del ejército cristiano, algunos incluso arrojaron sus escudos para poder huir más aprisa; el rey Balduino no quiso rendir cuenta de las vidas de los muchos prisioneros, dejándolos volver a su país; por su parte, Saladino se salvó gracias a su guardia personal compuesta de mamelucos que dieron su vida por él.

No tardó mucho el grueso del ejército de Egipto en ver la guerra perdida y salir huyendo hacia su país. El sultán Saladino consiguió en cierta medida ordenar sus tropas pero el paso del desierto del Sinaí fue penoso con los beduinos que los hostigaban.

el Señor no custodia la ciudad, en vano vigila el que la custodia. Es inútil que os levantéis antes del alba; levantaos después de descansar quienes coméis el pan del sufrimiento. Porque a los que ama dará el Señor el sueño.

Balduino permanece en el suelo de rodillas manchado de sangre y barro, luego vuelve a mirar al cielo con la respiración agitada y de su mejilla caen unas lágrimas que se siembran en la tierra con la sangre y el barro.

Su ejército grita de júbilo extenuado de cansancio y Balduino vuelve a subir con fuerza a su yegua, una fuerza surgida de la flaqueza que lo hace aún más heroico; su ejército lo mira con asombro, como si estuviera observando a un ser celestial, Balduino les grita:

—En este lugar erigiremos una iglesia dedicada a santa Catalina de Alejandría, en cuyo día un pequeño ejército ha ganado una gran batalla a un gran ejército.

El rey esa noche entró con su ejército victorioso por la Puerta Dorada de Jerusalén, pero antes de entrar en ella descabalgó, se puso de rodillas y se santiguó; después de pasar el arco, volvió a subir a su montura, la gente estaba despierta con antorchas mientras vitoreaban al rey y a su ejército. Balduino iba con semblante serio y la cara aún manchada de sangre, portando entre sus manos la reliquia de la Verdadera Cruz de Cristo, y junto a él, el obispo de Belén, que lo había acompañado en la batalla de Montgisard. Aquella noche sonaron las campanas de todas las iglesias de Jerusalén y la gente rezaba en acción de gracias a Dios, en Belén fue una noche de júbilo como en todas las ciudades del reino.

En la oscuridad de la noche, el rey Balduino devolvió al patriarca de Jerusalén en la iglesia del Santo Sepulcro la reliquia santa de la Verdadera Cruz de Cristo. Después el rey Balduino se retiró con humildad a sus aposentos en la Torre de David, mientras el pueblo festejaba con piedad tan grande victoria.

esperaban en emboscada; el rey supo que iba a sacrificar a sus hombres y al contemplar el castillo en llamas, Balduino miró a su comandante y le ordenó desde su montura:

—¡Nos retiramos, Samuel!

El comandante cristiano acató las órdenes del rey con prontitud.

Mientras que la agilidad del pequeño ejército cristiano y la valentía del caballero Humberto de Tolón, que con un grupo de valientes hombres sacrificó su propia vida, haciendo que la retirada del ejército del reino cristiano a tierras seguras fuera un éxito.

Saladino decidió desmontar el castillo piedra a piedra, pero poco después la peste invadió su campamento y diezmó a su ejército matando a diez de sus comandantes. A partir de aquel día, en su corazón, Saladino creyó que el rey Balduino estaba ungido por Dios.

Poco después, el rey Balduino dio gracias a Dios en la iglesia del Santo Sepulcro por haberle dado en aquel día la sabiduría de Salomón y resguardar a su ejército de una derrota segura y de la peste que asoló el lugar.

ambos se miran a los ojos, la espada de Balduino que lleva en su cinto casi se clava en la arena.

—No os había imaginado tan joven —le dice Saladino a Balduino con una tímida sonrisa y una mirada penetrante. Luego, mira su mano escondida tras un guantelete.

Balduino siente su mirada inquisidora, y saca su mano del guantelete de metal. El Sultán observa sus llagas con repulsa y hace como si no las viera desviando su mirada, justo después echa su espalda hacia atrás en la silla, Balduino lo mira y permanece sin decir nada.

—¿Qué queréis de mí, rey Balduino? —le pregunta Saladino.

El joven rey con su mano enferma intenta colocarse bien la corona del reino sobre su testa y luego, haciéndose esperar mientras Saladino lo observa con detenimiento, sigue sin contestar.

Tras unos instantes de silencio, el rey cristiano se agacha y escribe con su dedo sobre la arena: «Pax». Balduino mira a los ojos al sarraceno, este sonríe.

—¿Qué me ofrecéis a cambio? —le dice Saladino.

—¡Mi reino os ofrece paz! —le contesta hablando por primera vez Balduino con voz de niño.

Saladino se levanta de la silla como enfadado y da una vuelta en torno al joven rey, que permanece sentado tranquilamente con la mirada perdida en alguna parte. Balduino agacha su cabeza y borra la palabra «Pax» de la arena y ahora dibuja un pez, mientras Saladino observa lo que vuelve a hacer con la cabeza baja mirando al suelo.

El Sultán, perdiendo la paciencia, le manifiesta acercándose a él:

—¿Me habéis hecho venir hasta aquí solo para escribirme una palabra?

Al decir eso, los ojos azules del rey Balduino miran como dos mares al sarraceno, el barbudo rostro del sultán Saladino parece sereno y sorprendido, luego el rey cristiano dejar oír su voz otra vez.

—Os ofrezco la libertad de entrada en Jerusalén a cualquier peregrino musulmán, el libre culto en las mezquitas, el respeto a las caravanas de

Egipto que atraviesen territorios del Reino de Jerusalén. En definitiva, os ofrezco un reino cristiano justo además de una paz larga y duradera, para que no haya más derramamiento de sangre entre musulmanes y cristianos.

—¡Es todo lo que os puedo ofrecer! —le termina de decir mirando otra vez al suelo y al pez de arena que ha dibujado, para luego borrarlo con la palma de su mano enferma y escribir en la arena mientras lo observa pensativo el Sultán sarraceno: «Nisi Dominus».

Después de esto, el rey se levanta y vuelve a colocarse la corona bien sobre su cabeza, acto seguido, dirige su mirada a Saladino acercándose a este, Saladino con semblante serio da un paso atrás al verlo tan cerca.

—¡No sois lo que pensaba! —exclama Saladino pensativo, y dándole la espalda le contesta—: ¡Acepto vuestra paz cristiana!

Saladino sale apresurado de la tienda y sube a su montura mientras los lanceros que lo custodian lo siguen y también suben a sus caballos; entre el relinchar de caballos y el ruido de sus cascos, antes de irse mira al pequeño rey en el interior de la tienda y le grita:

—¡Salam Aleikum! —Luego agacha su cabeza en señal de respeto y, cogiendo con fuerza las riendas de su caballo, da media vuelta a su montura para ser seguido por su ejército en dirección al desierto del Sinaí.

El rey Balduino permanece inmóvil y empequeñecido viendo cómo desaparecen en el horizonte los sarracenos. Elías, el gigante hospitalario se acerca a él, luego le susurra.

—Debemos irnos, señor.

El rey balbucea:

—Nisi Dominus.

La princesa Sibila se casó con Guillermo de Monferato, a la sazón primo hermano del rey de Francia, buscando heredero para la corona de Jerusalén viendo la enfermedad de su hermano Balduino. Pero Guillermo murió tan solo un año después dejando a Sibila embarazada, mientras que su hijo sería un niño enfermizo.

En el sepelio de Guillermo de Monferato celebrado en el castillo de san Juan de Acre, Sibila se encuentra triste y desolada, blanca como una dolorosa, su traje negro contrasta con el blanco de su piel, en tanto que sus ojos azules y su pelo rubio son las únicas notas que le dan color. El rey con capa negra se aproxima a su hermana, mientras las demás damas se alejan de Sibila. En el salón presidido por el féretro del caballero todos visten de

riguroso negro, tanto sirvientes como viejos nobles del reino; el rey ve desolado, cómo su hermana, llora y sus lágrimas caen por sus mejillas al suelo fundiéndose con la piedra amarilla e intenta consolarla.

—¡No llores, hermana mía! —le dice dulcemente Balduino.

Sibila lo mira con su nariz y ojos enrojecidos, y no puede contener su llanto, volviendo a llorar.

—La vida es un viaje corto, hermana, y en algún momento nos iremos a esperar en el Reino de Dios a nuestros seres queridos.

Sibila vuelve a mirar al rey, y este observa a su hermana con ternura. En un gesto de amor saca la mano de su capa oscura e intentar consolarla, acercando su mano al cuerpo de esta, pero Sibila retrocede al ver sus descarnadas llagas y úlceras que ya cubren todo su brazo y manos. La Princesa se pone el pañuelo en la boca al fijarse en las manchas ulcerosas que pueblan la cara de su hermano, para luego proferir un grito de terror y apartarse de él con miedo. Instantes después, vuelve a llorar desconsoladamente.

Balduino retrocede dos pasos cubriéndose todo su cuerpo con la túnica negra, y se funde en la oscuridad del castillo para luego irse a toda prisa. Mientras tanto, los presentes quedan impasibles ante semejantes hechos.

El rey vuelve al trote con su guardia a Jerusalén buscando el refugio de la Torre de David. A partir de aquel día el Niño Rey se convirtió en el rey Balduino, mandó hacer una máscara de plata que le cubriría el rostro y su refugio fueron los muros de la Torre de David.

El rey observa lo que pasa, ataviado con su túnica negra, desde lo alto de las almenas de la fortaleza.

La mujer es conducida a empujones por las estrechas calles de Jerusalén mientras la turba le va escupiendo e insultando. Algunos niños le tironean de su rizado pelo negro desgajándole mechones que quedan en sus manos, mientras la mujer grita de dolor y llora. Otros golpean sus mejillas que ya muestran un aspecto azulado. La mujer, dolorida, sigue caminado a trompicones por su calvario.

Algunos en la multitud ríen, otros la insultan, y llevan a la mujer casi en volandas empujándola hasta llegar al tribunal situado en la fortaleza Antonia, donde finalmente la tiran al suelo. Allí el patriarca Heraclio junto con otros nobles la miran inquisitivamente, sentados en una mesa rectangular mientras la mujer llora de rodillas con la cabeza apoyada en el suelo. Sus lágrimas y sangre se derraman por el tosco pavimento.

El patriarca levanta sus manos en actitud imperiosa. La gente, que ha invadido el tribunal, calla y rodea a la mujer con soldados cruzados alrededor, quienes intentan a duras penas evitar el linchamiento antes del juicio sumario.

—¡Habéis mancillado la Ciudad Santa!

La gente grita casi con júbilo al oír al patriarca exclamar con contundencia el delito de la mujer. Unos dicen:

—¡Matadla!

—¡Quemadla! —gritan otros con saña.

El patriarca Heraclio vuelve a levantar sus brazos para acallar a la multitud. De repente, el gigante hospitalario Elías empuja a la muchedumbre, haciéndose un hueco entre ellos; algunos caen al suelo, a otros los golpea con su escudo y por el pasillo que despeja aparece la silueta negra de un hombre con capucha que, al llegar cerca de la mesa del tribunal, ante la perplejidad de los presentes y del patriarca se quita la capucha que cubre su cabeza. Entonces, se puede ver su rostro de metal y todos quedan en silencio al observar con sorpresa que es el rey Balduino.

La mujer sigue gimoteando en el suelo con las rodillas ensangrentadas, y

levanta un poco su cabeza para observar al rey.

Balduino la mira compasivo y luego dirige su atención al tribunal.

La gente murmura. Muchos se arrodillan.

—¡Es el rey! —siguen comentando, mientras sus miradas permanecen fijas en él.

El patriarca hace una reverencia con su cabeza y se levanta al igual que los dos caballeros que lo acompañan en la mesa.

—¡Señor! —exclama el patriarca, para luego proseguir—. ¿En qué os podemos servir?

Los ojos azules del rey brillan en el fondo de la máscara argéntea, mientras mira sin pestañear.

—En impartir justicia —le contesta Balduino, mientras cruza sus brazos.

Luego mira a todos los que están a su alrededor, unos de rodillas, otros con la cabeza baja.

—¿De qué delito acusáis a esta mujer? —inquiere con serenidad.

El patriarca Heraclio, señalando a la mujer con su dedo y frunciendo el ceño, dice:

—¡Es una pecadora, señor!, está mancillando la Ciudad Santa, ¡es una prostituta!

Mientras, la gente vuelve a gritar:

—¡Quemadla! ¡Matadla!

El rey Balduino levanta sus manos, al caer sus mangas muchos miran a su llagas horrorizados, y todos callan.

—¡Traed una silla a vuestro rey! —ordena con su rostro impávido.

Los caballeros obedecen de inmediato y colocan una silla que quitan del tribunal, ofreciéndola al Monarca que está enfrente de aquel.

Balduino se sienta muy lentamente, vuelve a poner con templanza la capucha sobre su cabeza y tapa sus brazos. Luego, con voz suave y profunda les dice:

—Proseguid con el juicio. Pero tened presente que si juzgáis a esta mujer con injusticia, yo os juzgaré a la vez con injusticia. ¡Sentaos!

El patriarca con cara de preocupado se sienta, y baja su cabeza, al igual que los dos caballeros que lo custodian, mientras los tres miembros del Tribunal se miran entre sí.

Al oír tan alentadoras palabras, la mujer deja de llorar y mira con esperanza al rey, quien nuevamente vuelve a hablar:

—Tened presente, patriarca Heraclio, que sois el máximo representante de la Iglesia de Jerusalén, de modo que tened en consideración los evangelios de nuestro Señor para juzgar a esta pobre mujer, pues si no es así… yo os lo demandaré por la fuerza.

En un instante, el patriarca se levanta de la silla y grita gesticulando teatralmente con sus brazos:

—¡No hallo culpa en esta mujer! ¡No hallo culpa en esta mujer!, y, en verdad, ninguno de los presentes estamos libres de pecado para tirar la primera piedra —declara y efectúa una brevísima pausa—. ¡Soltadla!, ¡soltadla!

Algunos exclaman:

—¡Ohhhhh!

El rey Balduino al oír eso se levanta y se da media vuelta mientras la muchedumbre contempla su figura sombría en silencio, algunos bajan la mirada, otros se arrodillan.

Luego mira al patriarca:

—Palabras sabias, señor, tampoco vuestro rey está libre de pecados.

Elías, antes de irse, saca una daga de su cinto y libera a la mujer.

Mientras todos se apartan al paso del rey, Elías lo sigue con tranquilidad a

tres pasos de su señor, la mujer se levanta del suelo con sus rodillas ensangrentadas e intenta alcanzarlos mirando desconfiada a la multitud que se ha quedado paralizada y muda. Al llegar a la altura de Balduino, le grita:

—¡Señor, señor! —Luego se postra delante de él con sus rodillas malheridas—. ¡Gracias señor! —Le dice mientras llora.

Balduino detiene su caminar un instante y la mira a través de su máscara, dirigiéndole una mirada compasiva.

—Siento que haya tenido que pasar por esto, los hombres a veces no se diferencian de las bestias.

Luego mira a Elías y este saca una bolsa con monedas que intenta dar a la mujer. La mujer la rechaza, y se levanta para seguirlos.

—¡Señor! —vuelve a gritar la mujer—, os debo la vida, por lo tanto no me alejaré de vos.

Balduino continúa a paso ligero y Elías lo sigue. La mujer va a la altura del rey. Balduino se siente incómodo y hace otra parada:

—No me debes nada, debes vivir tu vida, lejos de los hombres y buscar un lugar de paz.

—Ese lugar no existe señor, quiero serviros a vos.

Balduino apresura la marcha y entra con Elías en la fortaleza de David, los guardias de la entrada con sus lanzas prohíben la entrada a la mujer. Esta se queda en la puerta mirándolos.

Han transcurrido más de dos días desde el juicio a la mujer, y Elías en el salón del trono se dirige al rey.

—Señor, la mujer lleva mucho tiempo en la puerta, morirá, no le han curado las heridas, no ha comido ni ha bebido.

El rey, pensativo, pone su mano en su frente de metal, luego mira a Elías:

—Hazla pasar —acepta.

Elías asiente su cabeza con alegría:

—Lo sabía, señor, ya la tengo aquí —le responde.

La mujer entra en el salón del trono, el rey está sentado en la silla del reino, y la mujer se arrodilla ante él. El rey con su mano le pide que se levante. Luego saca sus manos de su túnica y le deja ver sus llagas, ella se acerca a él y le besa los pies desnudos mientras llora.

Luego acaricia sus manos, Balduino se levanta de la silla del trono y la mira con ternura.

—¡No quiero que hagas eso!, ¿no ves que estoy enfermo? —Y tras una pausa, Balduino le dice—. Levántate, no quiero verte de rodillas.

El rey clava su mirada en la de ella, la mujer está visiblemente nerviosa y sus manos tiemblan. Los ojos negros de ella brillan como dos piedras preciosas, su piel oscura resalta con una gran nariz aguileña que hace que su rostro poco armónico tenga una extraña belleza, su cara tiznada parece que recobra la vida después de ver la sonrisa del rey.

—¿De dónde eres?

—Soy de Siria, señor —le contesta la mujer, el rey la observa pero no dice nada, luego ella prosigue—. Mis padres me vendieron cuando tenía diez años a un comerciante de telas de Petra para que me casara con él, pero él me volvió a vender, hasta que conseguí escaparme y no encontré nada mejor que vender mi cuerpo, así todos me despreciarían y ningún hombre me obligaría a ser su esposa.

El rey permanece en pie mirándola pensativo. La mujer se acerca al gigante Elías y sin que este lo espere le arrebata la daga, luego la dirige contra ella.

Balduino y Elías le gritan a la vez:

—¡Nooo! ¡No lo hagas!

El rey se acerca rápidamente a la mujer, pero no se atreve a tocarla, Elías se queda paralizado.

Ella, con la ayuda de la daga y mientras sonríe, se va cortando los mechones de pelo negro ensortijado que caen al suelo de modo indolente, mientras Balduino y Elías la miran sorprendidos sin decir nada.

Elías pone la mano en su frente. Ella les vuelve a sonreír, mientras se va quedando casi sin pelo.

—¡Quiero ser vuestra esclava, señor!, sois un hombre bueno —expresa.

—No quiero esclavos en el Reino de Cristo —le contesta el rey.

La mujer sonríe…

—Seré vuestra servidora, señor, y no lo podréis evitar porque vos sois mi rey y también servís a Jerusalén. Yo también soy parte de Jerusalén.

Balduino da una vuelta alrededor de ella y luego se planta ante el rostro de la mujer y le dice levantando las mangas de su túnica.

—No os repugno, no me teméis —le dice el rey poniendo las palmas de sus manos cerca de la cara tapando sus ojos.

—¿Cómo os llamáis? —le pregunta el rey apartando las manos de la cara.

—Ayeh, señor, ese es mi nombre.

El rey se acerca a ella, y la mira a los ojos con intensidad.

—Ayeh, servirás al Reino de Jerusalén, servirás al Dios cristiano.

—No señor, solo serviré a mi rey. No creo en nada, señor —le contesta la mujer.

—¡Me entristece oír eso, Ayeh!, rezaré por ti para que puedas encontrar a Dios y tu corazón se ablande.

El rey, sin mediar palabra, se retira de su trono. Elías le dice:

—No os preocupéis, señor, la alimentaremos y se lavará, mañana será otra.

—¡Es valiente! Si quiere permanecer junto al rey, que lleve los hábitos hospitalarios de cuidar a los enfermos. ¡Yo soy un enfermo! —exclama el rey con voz dulce.

Luego desaparece en la penumbra de la Torre de David como un leve suspiro.

—¡Oh señor, os debe doler mucho! —le dice el viejo caballero con desesperación abriendo sus manos como para aliviar su llagas.

De la mejilla de Ayeh, que permanece inmóvil junto al rey, cae una solitaria lágrima que se oculta entre los dedos de su pie derecho y va a reposar en la suela de su sandalia.

—No os preocupéis por mí, mi final está cerca y es hora de preocuparse por el reino.

Guillermo, recuperándose de la vista de las llagas del rey, le contesta:

—¿Qué queréis de mí, señor?

—Debéis decirle a los reyes cristianos de Occidente que el final de mis días está próximo, y que el reino necesita de la ayuda de la cristiandad.

Guillermo de Tiro asiente con la cabeza, para luego decir:

—Así lo haré, señor.

—Señor, permitidme.

—Adelante, Guillermo —le responde el rey. El arzobispo agita sus manos antes de hablar.

—Vuestra hermana, Sibila se ha casado con Guy de Lusignan.

Tened cuidado pues vuestro cuñado es muy amigo de Reinaldo de Chatillón, un caballero perverso y malvado, cuyo oficio es asaltar caravanas.

—No sé nada de mi hermana, Guillermo, ya no viene a visitarme —le dice Balduino con semblante triste llevando su mirada al suelo.

Guillermo le hace una reverencia a su rey.

El rey lo vuelve a mirar con los ojos vidriosos y se marcha lentamente con Ayeh y Elías, que lo acompañan en silencio.

cuando iba a ver a su Santidad para solicitarle ayuda en nombre del reino cristiano de Jerusalén.

Pocos meses después, las tropas de Egipto hicieron una incursión en Galilea y el rey Balduino al frente de su ejército tuvo que hacer más de treinta leguas para llegar allí. Antes, a la entrada de Nazaret, apenas a una semana de su partida el rey cayó de su montura rendido por las fiebres y en el Castillo de Kalat Nimrod tuvo que guardar reposo, ya que se encontraba muy enfermo y debilitado después de tan largo viaje.

Las fiebres consumían al joven rey que permanecía exánime en un simple

lecho de tablas de madera en una oscura habitación de la fortaleza. Desde un hueco en la pared de su dormitorio, Balduino podía observar el verdor del Monte de las Bienaventuranzas, donde Jesús predicó a la multitud y multiplicó el pan y los peces. En aquella lóbrega estancia, solo un poco de luz entraba por la ventana, siendo este el único contacto que tenía el rey con el exterior. Tan solo una mujer de piel oscura y semblante triste lo acompañaba, cuyas ropas blancas resaltaban con el color de su piel. No había luz en la habitación por orden del rey, solo la penumbra, pues no quería ser visto por nadie en aquellos aciagos momentos. No existía color en la habitación más que el blanco y el negro, además del rojo sangre de la cruz de Jerusalén que cubría el pecho del monarca y el de Ayeh.

El rey permanecía con su máscara de plata mientras respiraba con dificultad, entre unas sábanas blancas que cubrían todo su cuerpo.

Balduino parecía asfixiarse, de manera que se despojó de la máscara y tapó su cara con un sudario de lino blanco, así pudo respirar mejor.

Ayeh permanecía junto a él sentada en una silla, luego se puso de rodillas y empezó a rezar. Balduino con aspecto moribundo la miró y le preguntó:

—¿A quién rezas, Ayeh?

Ayeh no tardó en contestarle haciendo una pausa en su oración:

—Son versos del Corán a la Virgen María, señor —confesó en voz baja para no perturbar la quietud de la estancia.

—Pensaba que no tenías fe —contestó Balduino con su voz apagada por la fiebre.

—Hay momentos en los que todos necesitamos creer, señor, y estoy convencida que vuestra Señora os ayudará.

Después, Ayeh silencia sus plegarias para dejar oír la voz aterciopelada de Balduino con rezos lánguidos a María:

—Dios te salve María, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, Jesús. ¡Salve Regina Mater!, Luego Balduino desfallece, Ayeh se acerca a él y quita el sudario de su cara para que respire mejor.

En ese momento, suenan las trompetas de recibimiento de los guardianes

del castillo; Balduino permanece inmóvil descansando, Ayeh está sentada junto a él en la penumbra de la habitación. Al poco tiempo, oye a Elías por fuera de la estancia hablando con unas mujeres, luego abre lentamente la puerta del dormitorio del rey. En ese instante, Ayeh se levanta y tapa con el sudario la cara de su señor para que nadie pueda ver el daño causado en su rosto por la lepra, entretanto, el rey, exhausto, descansa luchando contra las calenturas de su enfermedad.

Una mujer joven de piel blanca vestida con unos hermosos ropajes de seda oscura, se asoma a la puerta mirando al interior de la habitación. Tras ella, otra dama de más edad que ella queda en el dintel de la puerta observando hacia el lecho junto al patriarca de Jerusalén, Heraclio. Ambos miran hacia donde se encuentra el dolorido cuerpo del rey en su lucha contra la enfermedad; en un impulso inconsciente, la mujer mayor coloca en su nariz un pañuelo.

Ayeh se acerca a las mujeres y se sitúa delante de ellas, después les pregunta:

—¿Quiénes sois?

Sibila responde:

—La hermana, la madre del rey y el patriarca de Jerusalén. —Luego mira impertinentemente a Ayeh y le pregunta airada—: ¿Y quién sois vos?

Ayeh se aparta a un lado y no tarda en contestar:

—No soy nadie, señora.

Sigilosamente, Ayeh se acerca al rey y se arrodilla a la altura de la cabecera de la cama. En seguida, le pone la máscara de plata apartando el sudario de su cara y le dice dulcemente:

—Majestad, están aquí vuestra hermana, vuestra madre y el patriarca Heraclio.

El rey abre los ojos lentamente, como si despertara de un profundo letargo. No sin dificultad, mira a las mujeres que permanecen en el dintel de la puerta. Estas, al ver que Balduino ha movido la cabeza, se acercan un poco más sin llegar a los pies de la cama.

—¡No os esperaba! —dice Balduino.

Luego coge resuello y con esfuerzo vuelve a hablar.

—Mi querida hermana, que tanto tiempo hacía que no venía a verme, y mi querida madre a la que desde la muerte de mi padre no he vuelto a ver.

Ayeh permanece en el suelo de rodillas junto al rey, mientras las mujeres aguardan impasibles mirando a Balduino. Justo detrás de ellas, como escondido, el patriarca de Jerusalén, Heraclio, atusa su barba pensativo.

Luego Ayeh cuyo rostro refleja odio, desvía la mirada hacia las dos mujeres. Sibila, la más joven, se acerca más al rey y llega a la altura de Ayeh que está arrodillada junto al cuerpo de Balduino, desde allí le habla.

—Hermano mío… sabéis que yo os amo, lo que no puedo soportar es veros sufrir de esta manera.

El rey gira su cara para ver ahora a su hermana a través de su máscara, Sibila no llega a acercarse del todo a él y permanece inmóvil.

Balduino le contesta:

—Lo sé, yo también os amo y os he echado de menos durante mucho tiempo.

Luego Sibila encorva su espalda para hablar con su hermano.

—Estáis muy enfermo, hermano mío, sin duda es el momento de que renunciéis al trono por el bien del reino. Mi marido Guido de Lusignan podrá llevar con honor la corona que tú tan honrosamente has llevado.

El rey permanece en silencio, su máscara de metal brilla deslumbrada por los suntuosos bordados del traje del patriarca Heraclio, quien se acerca al lecho del rey y lo mira intentando ver sus ojos a través de la máscara. Sin embargo, en ese momento, solo oye su respiración agitada.

—Debéis hacerlo, señor —le dice con convicción el patriarca.

Su madre saca fuerzas de flaqueza y se acerca también a su hijo:

—Es hora de que descanséis, hijo mío —dice y, tras una pausa, añade—.

Vuestro cuerpo está muy dolorido.

—Lo sé madre Inés —le contesta Balduino desde el interior de su mascara consumido por la fiebre.

Ayeh que está a su lado, le suplica:

—No, señor. No hagáis caso a estas víboras —y, dicho esto, coge la mano enferma del rey sin ningún temor y llora desconsoladamente sobre su lecho.

Las dos mujeres y el patriarca conmovidos al ver la escena, permanecen en silencio.

Desde lo más profundo de su alma, débilmente, sale la voz de Balduino:

—Lo haré, ya es hora de descansar en paz —declara abatido.

Luego el rey mira a Ayeh:

—Llamad a mi comandante, Ayeh Saley, hermana mía.

Ayeh se levanta a toda prisa y sale de la habitación. No tarda mucho en volver con el pelirrojo hospitalario que se arrodilla a los pies del lecho del rey mientras las mujeres y el patriarca permanecen en silencio.

—Samuel, a partir de ahora vos y el ejercito del reino estaréis a las órdenes del nuevo regente del reino, Guido de Lusignan, esposo de mi hermana Sibila. Yo volveré a morir a Jerusalén, debéis obedecer mis mandatos.

El pelirrojo con rabia exclama:

—No, señor, yo seguiré a vuestras órdenes —replica.

—Debéis obedecerme —le dice el rey revolviéndose en su lecho.

Samuel se levanta y en señal de sumisión agacha su cabeza, luego sale de la habitación, triste.

Balduino intenta levantar su mano sin éxito, luego le dice a Ayeh extenuado y como queriendo zanjar aquel asunto:

—Entregad la corona del reino a mi hermana Sibila, y que se vayan. —

Luego Balduino gira su cara a la pared no queriendo verlos.

Ayeh se acerca a un cofre y saca de él la humilde corona de latón del rey. Cumpliendo el designio real, se la entrega a Sibila y le dice sin mirarla, poniendo los ojos en el rey enfermo:

—Salid inmediatamente de aquí, mi rey os lo ordena. —Su voz suena tajante y firme como una daga rasgando las tinieblas.

Sibila coge la corona, después las dos mujeres, en silencio, abandonan la estancia y el patriarca las acompaña.

Balduino se queda solo con Ayeh en la penumbra de su habitación. Luego, la siria vuelve a escuchar de labios del rey:

—¡Salve Regina Mater!

Ayeh se sienta en la silla junto a su lecho y deja caer un torrente de lágrimas que brotan en silencio mientras sujeta su cabeza con las dos manos, cuyos brazos están apoyados en sus rodillas. En el silencio del lugar, solo se oye el manantial de su llanto que vela fielmente la triste sombra de su rey.

Pasaron unos meses y una gran comitiva al frente del ejército de Jerusalén se trasladó a la fortaleza del rey enfermo. Las puertas las abrieron los pocos guardias que aún quedaban con ellos. Al frente venía el comandante templario pelirrojo, el gran maestre de la Orden del Temple y los barones del reino. El patriarca Heraclio no estaba.

En las puertas de la fortaleza pidieron permiso a Elías para ver al rey, este asintió, y la comitiva subió al dormitorio del rey en la fortaleza del rey David, mientras la caballería y los soldados de a pie del ejercito de Jerusalén permanecían en el patio de forma inquieta.

Todos ellos subieron por una gran escalera que llevaba a los aposentos del rey, les precedía Elías. Y allí al abrir la puerta pudieron observar una densa penumbra. Custodiando y sirviendo al rey encontraron a Ayeh, que permanecía sentada en el suelo a un lado de su cama como si fuera muda, mientras oía su dificultosa respiración.

Alumbrados por dos tenues velas y la poca luz que entraba por un pequeño hueco practicado en la pared, en el fondo de la habitación y presidiendo la misma había un imagen de madera de la Virgen risueña con una candela en la mano. Flanqueando la sagrada imagen dos velas que con su luz amarillenta y tenue suavizaban la consumida figura del rey en su lecho de dolor, y perfumando la habitación, un incensario incombustible abandonado en una esquina del dormitorio real.

Al verse deslumbrada por la luz que entraba por la puerta, Ayeh se levantó y miró poniendo las manos en sus ojos para protegerlos de la luz que venía del exterior. Elías la miro:

—Ayeh, son los barones de Jerusalén y el comandante del rey.

Ayeh se arrodilla junto al rey y acerca su boca a su oído.

—¡Señor, han venido a veros!

Luego el comandante pelirrojo con armadura y traje de batalla se postra ante la cama del rey.

—¡Señor, debéis escucharme!

—¿Samuel? —pregunta el rey abriendo de repente su ojos.

—Sí, señor —responde Samuel.

—Perdonad, no os puedo ver —le dice Balduino con inquietud.

Luego se aprecia su sonrisa debajo del sudario fino que cubre su rostro comido por la enfermedad, levemente sonríe y vuelve a decir.

—Mis brazos ya tampoco me responden, amigo.

Con angustia lo observa el caballero templario de pelo rojo.

—No os preocupéis, señor, vuestros brazos son el ejército de Jerusalén que os es fiel y ahora necesita de vos.

—Mi cuerpo se pudre amigo mío, y todavía sin que me llegue la muerte.

—Jerusalén os necesita, señor —le dice con convicción y aún de rodillas Samuel.

—¿Qué puedo hacer aún por mi reino? —le pregunta Balduino con voz cansada.

—Señor, Guido el Regente ha rehusado la lucha contra Saladino al norte de Galilea —le manifiesta su comandante mientras los barones de Jerusalén observan al rey en silencio.

—No puedo culparlo por rehusar la guerra —le contesta el rey intentando localizar por la voz a Samuel.

El comandante templario le vuelve a insistir:

—Señor, vuestro regente Guido de Lusignan ha asesinado degollándolos a los beduinos del Valle de Jezzel, fieles al Reino de Jerusalén, para robarles el ganado.

Luego, el más barbudo de los barones del reino exclama:

—¡Señor, os rogamos volváis a tomar las riendas de vuestro reino!

Después de una respiración profunda, el rey deja oír su voz:

—Os entiendo —contesta el rey asfixiado, mientras Ayeh levanta con cuidado la tela que cubre su cara para que pueda respirar mejor, y deja ver su

rostro desfigurado sin nariz y sin boca, para luego con delicadeza volverlo a tapar. El rey sacando fuerzas de flaqueza continúa:

—Comandante, os ordeno destituir a Guido de Lusignan y desterrarlo más allá de las tierras del Reino de Jerusalén; segundo, que pongáis a mis órdenes al ejército de Jerusalén y volváis a traer la corona del reino a vuestro legítimo rey.

Samuel se levanta del suelo y agarrando fuertemente su espada, le contesta con firmeza.

—Así lo haré, señor. —Los hombres sabios del reino, el gran maestre del Temple y la Orden Hospitalaria están con el rey Balduino.

—Hacedlo cuanto antes, la vida de vuestro rey no será larga —le ruega Balduino.

estratégico del que no podía prescindir el reino cristiano. El 20 de noviembre de ese año el Sultán recibió refuerzos de Egipto y acampó ante las murallas, al tiempo que labradores y pastores cristianos y sirios se refugiaron tras los lienzos amurallados.

En el interior del castillo estaba la princesa Isabel y Hunfredo de Torón para contraer matrimonio, quedando sitiados por las fuerzas del sultán. Mientras en el interior se celebraba la boda cristiana, todos ellos se prepararon para morir en el sitio de Kerak.

En la Torre de David, Ayeh le pregunta a Samuel:

—¿Qué queréis ahora de vuestro rey?

Samuel apartándola con su brazo, le contesta:

—Necesito hablar con mi rey.

Ella le dice con cara de dolor:

—Dejadlo morir en paz —le recrimina mientras junta sus manos sobre su pecho desconsolada y triste.

Samuel le vuelve a repetir:

—Mujer, necesito hablar con mi rey.

Mientras tanto, el caballero se arrodilla ante su lecho y viendo el dolorido cuerpo del rey que aún respira tumbado e inmóvil, arguye:

—Señor, perdonad que os importune.

Con un aliento de vida le responde Balduino:

—Decidme, os escucho.

—Señor, el castillo de Kerak está siendo atacado por Saladino, se encuentra sitiado y en su interior hay más de doscientos hombres y mujeres del reino, así como la princesa Isabel y Hunfredo que iban a contraer matrimonio. Huelga decir que si no los socorremos, les espera una terrible muerte.

La máscara de plata del rey gira buscando la voz de Samuel:

—Samuel, amigo mío, si la muerte no viene a llevarme… será Saladino. —Y tras una pausa, ordena—. Preparad la camilla y a mi ejército.

Samuel se levanta y con un gesto asiente a la orden del rey, luego se va. Ayeh se echa las manos a la cabeza sin decir nada.

Los estandartes con la cruz de Jerusalén y la santa reliquia de la Verdadera Cruz de Cristo iban al frente de la expedición cristiana. Esta tenía un único objetivo, a saber, liberar el castillo cristiano. Al llegar a la proximidades del lugar, el ejército cristiano pudo observar cómo el gran ejército de Saladino con sus maquinas de asedio, lanzaba grandes piedras y aceite hirviendo contra las murallas del Castillo de Kerak a fin de quebrantar sus bastiones defensivos que se encontraban en lo alto de la montaña.

Cuando Samuel pudo divisar en la llanura al ejército sarraceno, se acercó con premura a la camilla del rey.

—Señor, Saladino está al frente sin percatarse de nuestra llegada con el grueso de su ejército —le dijo Samuel con su caballo visiblemente agitado.

El rey Balduino en una tregua de su enfermedad le contestó con templanza.

—Vos y el conde Raimundo debéis encabezar con la caballería la formación en la que también irá vuestro rey. Aprisionaremos al ejército de Saladino entre la montaña de Kerak y nosotros.

A medida que el ejército de Balduino se acercaba a la montaña de Kerak que estaba coronada por el castillo del mismo nombre, Saladino viendo que sus máquinas hacían poca mella en las poderosas murallas de la fortaleza, se percató de la llegada del formidable ejército cristiano con el rey Balduino al frente del mismo portado en una camilla.

Samuel montado en su caballo y solo, delante de él ve a su señor, flanqueado por los estandartes del reino con la reliquia de la Verdadera Cruz de Cristo.

Entretanto, Ayeh lleva las riendas del carro que porta al rey ante el temible adversario.

Samuel prepara su armadura poniéndose el casco de guerra al igual que el conde Raimundo y vuelven a encabezar el ejército cristiano. Las tropas de Saladino con el sultán al frente contemplan la proximidad del ejército cristiano y esperan un encuentro en batalla inminente. Saladino mira a su general y grita: «retirada», ante la sorpresa del ejército de Cristo cuyos integrantes gritan con alegría y dan vivas al rey y a Santa María viendo atónitos cómo el ejército de los sarracenos se retira sin rendir cuentas en

batalla.

El rey Balduino permanece en silencio mientras Ayeh le narra cómo huyen los jinetes y el inmenso ejército del sultán Saladino. El monarca ahora desvencijado, ciego y con las extremidades desechas, parece feliz y llama a su comandante y al conde Raimundo.

—¡Hoy hemos ganado mi última batalla, esta es la más grande ya que lo hemos hecho sin derramar sangre! ¡Salve Regina Mater! —Luego el rey permanece en silencio mientras oye a sus soldados.

En lontananza, los soldados cristianos daban vítores al rey, a santa Elena y a la Verdadera Cruz de Cristo.

El rey fue llevado por su ejército triunfalmente a Kerak. Parece que los miedos acecharon a Saladino haciéndole temer una derrota, de modo que al ver al rey leproso y al ejército del reino tan cerca, decidió humillándose a sí mismo huir del lugar y no rendir batalla al rey cristiano intuyendo una fatal derrota. Todo ello a pesar de que otra vez su ejército era de mayor magnitud, retrocediendo este hacia Damasco y entrado triunfal el rey Balduino en el castillo de Kerak. Allí, todos los habitantes del mismo y los huéspedes de la boda pudieron regresar a sus casas al igual que los cristianos sirios, que finalmente fueron liberados del asedio musulmán.

Nuca más Saladino volvió a encontrarse con el rey Balduino y siempre lo recordó con respeto y admiración.

de custodiarlo cogiéndolo para subirlo a sus aposentos en la litera que lo había llevado a la batalla de Kerak.

Mientras lo subían por la escalera que conducía a su lecho, en silencio, el patriarca Heraclio lo rompió abrió su Biblia y en ella, lo primero que encontró fue el salmo de Isaías dedicado al Mesías, que con solemnidad recitó:

—Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Mas él, herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por sus llagas fuimos nosotros curados.

Al llegar a su aposento solo se oía el llanto de Ayeh, que vestida de negro no hallaba nada que la pudiera consolar.

El médico real, Ananías, al verlo todo perdido, se retiró en la habitación a un lugar apartado y oscuro, frustrado ante la impotencia de no poder hacer nada por su rey.

Entre Ayeh y Samuel colocaron al mermado cuerpo del monarca en su lecho. Las lágrimas de Ayeh se derramaron y empaparon su maltrecha figura. El caballero cruzado curtido en mil batallas, al tocar el cuerpo del rey, rompió a llorar también brotando de sus mejillas una tormenta de lágrimas que reposaron en lo que quedaba del dolorido cuerpo del joven rey.

De lo más profundo de la garganta del monarca, mientras lo levantaban para colocarlo en su lecho se pudo oír:

—No lloréis, estoy feliz de por fin ir junto a mi Dios.

La mujer entristecida, intentando secar con sus manos su mejilla, clama arrodillándose y poniendo sus manos en el pecho del moribundo:

—¡No me abandonéis, señor!

—¡Ayeh, hermana!, te esperaré en el reino de mi Señor, ahora me tengo que ir.

—Y luego de decir esto, el rey entregó el alma al Señor expirando.

Ayeh, con lágrimas en sus ojos, despoja al rey de la máscara que cubre su

cara para observar su dolorido rostro casi sin carne, y cierra sus ojos para cubrir su rostro con un pañuelo blanco. Y besarle. Luego, se tumba en su cama junto a él, sollozando.

Dos velas blancas custodian el cuerpo difunto del rey de Jerusalén. Samuel intenta consolar y levantar a Ayeh, que se encuentra postrada ante el monarca, a lo que la mujer siria se niega y permanece junto al cuerpo exánime del rey. El patriarca Heraclio reza nerviosamente.

A su llegada al velatorio del rey, su hermana Sibila se arrodilla junto a Ayeh y rompe a llorar, luego grita de desconsuelo:

—¡Hermano mío, cuánto te he querido! ¡Perdóname, nunca soporté la imagen de tu amado cuerpo quebrado por la enfermedad!

A la mañana siguiente, la procesión con los restos mortales del rey Balduino partió para siempre de la fortaleza de David. En aquel postrero trayecto, todas las campanas de Jerusalén tocaron a duelo, mientras por la calles la gente lloraba a su paso y los caballeros hospitalarios cargaban su féretro. Sibila, pálida y descolorida, ataviada con traje de luto negro, los seguía; junto a ella contrastando con un color infernal de pelo, el amigo y comandante del rey, Samuel; detrás de ellos, confundiéndose entre la multitud para siempre, Ayeh desconsolada y triste de la cual nunca se volvió a saber nada.

Al llegar a la Iglesia del Santo Sepulcro, el atormentado cuerpo de rey Balduino fue recibido por el patriarca Heraclio y la santa reliquia de la Verdadera Cruz de Cristo; luego fue sepultado con su corona de latón dorado en el lugar santo donde crucificaron y resucitó nuestro Señor Jesucristo y donde santa Elena encontró el Madero Santo. Allí reposaron en una sencilla tumba los restos mortales del rey Balduino IV de Jerusalén para la eternidad, también conocido como el rey Leproso o el Santo, esperando el día del juicio de los justos. En marzo de 1185 el rey Balduino fue liberado de su larga enfermedad, solo tenía 24 años, si bien su capacidad, valor y justicia estuvieron fuera de toda duda.

Le sucedió su sobrino Balduino V que tuvo un reinado breve de apenas un año y, poco tiempo después, su hermana Sibila perdió el reino después de la batalla de los Cuernos de Hattín a manos del sultán Saladino, donde Samuel, el comandante templario, entregó la vida por el reino cristiano y Elías luchó con los caballeros hospitalarios en el sitio de la isla de Rodas resistiendo

heroicamente.

En su corazón siempre llevaron ambos al rey Balduino, al igual que todos los que lo conocieron.

El Imán Isapahán escribió del rey cristiano Balduino IV:

«Ese joven leproso hizo respetar su autoridad a modo de los grandes príncipes, como David y Salomón, pero ante todo fue un ejemplo de lucha en la adversidad».

¡Qué mejor epitafio para tan insigne rey!

JESÚS ALBERTO REYES CORNEJO (Santa Cruz de Tenerife 1967) es graduado en derecho por la Universidad Católica de Ávila y funcionario de la Administración de Justicia desde el año 2000. Es autor de las novelas El silencio de los Abades y El rey de Jerusalén.